

CAVE NE CADAS

Al poeta Constantino Beechi.

*De la vida social en el barullo,
la mente observadora sólo halla:
arriba, las miserias del orgullo;
abajo, la ambición de la canalla.*

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

La humanidad á comprender alcanza,
En el mar de la vida turbulento,
Que es cada acto infantil una esperanza,
Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo
Vigor para arrostrar la cruda guerra,
El hombre, que nació para el trabajo,
Se enardece al contacto de la tierra.

No desmayar! no desmayar! La vida
Vale fuerza, poder, ardor, combate.
Para mí es un mortal que se suicida
El que en la triste adversidad se abate

No hundir la noble frente entre lo impuro
Por no ver del triunfar la hora cercana!
¡Siempre se muestra el cielo más obscuro
Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,
No se somete á yugos ni cadenas,
Y es cada pensamiento de su frente
Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada,
Hay que aprestar los vírgenes aceros.
¡La vida es una lucha despiadada
De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,
Los amargos y rudos sinsabores.
Cobarde no es quien teme la pelea:
Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo,
Sino pelear con inclitas bravuras.
¡Por algo lleva el hombre con orgullo
La frente dirigida á las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;
La vida no es para quien sufre y calla.
¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!
¡Hay que aplacar á gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,
Valientes combatamos mucho, mucho...
¡Hay que pelear al pie de la bandera
Hasta quemar el último cartucho!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Contra envidia....⁽¹⁾

Inusitado movimiento se notaba en todas las escuelas de la República; los alumnos prestaban mayor atención que nunca á las explicaciones de sus maestros; los deberes que éstos les imponían eran más largos, numerosos y difíciles, al extremo de obligarles á recordar todas las lecciones dadas durante el año; y á menudo era necesario robar al sueño alguna hora, ó bien levantarse muy temprano para no exponerse á sufrir la humillación de *quedarse á la cola*.

En cuanto á los profesores, *apretaban las clavijas* á sus discípulos de una manera despiadada; no perdonaban al que se equivocase, ni al que llegaba tarde, ni al perezoso, ni al *rabonero*, ni al desaplicado, con la particularidad de que las horas de clase se solían prolongar más de lo regular y de que la salida se efectuaba algo más tarde que en el resto del año, hecho que explicaban los maestros alegando que los niños habían venido á la escuela más tarde de lo acostumbrado, ó porque el reloj de la clase no andaba bien, ó en virtud de que era necesario terminar las explicaciones sin dejarlas para el día siguiente.

Por su parte las familias de los educandos también los atosigaban, no permitiéndoles entregarse á sus juegos favoritos, ni salir de paseo, ni reunirse con sus amigos predilectos, como de antemano no hubiesen cumplido con las obligaciones impuestas por los maestros.

No había, pues, escapatoria; era preciso estudiar, aplicarse, trabajar, pues de lo contrario saldrían mal en los próximos exámenes, lo cual sería una vergüenza para sus nombres que no figurarían en el *cuadro de honor* del colegio; para sus padres, que tanto se afanaban por proporcionarles una educación esmerada, y para los maestros que se desvivían apelando á todo su ingenio para transmitirles é inculcarles sus vastos y múltiples conocimientos.

Había, pues, llegado el momento de la prueba, se aproximaba la época de los exámenes de fin de año y ésta era la causa de la inmensa animación que se notaba en todas las escuelas, porque así como el niño aspira á ser el primero en la clase, también el maestro pretende, á fuerza de paciente trabajo, que su establecimiento no sea, por lo menos, el último entre todos los demás.

Las escuelas rurales, como es lógico, ofrecían un cuadro análogo, y aguijoneados sus directores por la más noble de las pasiones—la emulación—excitaban á sus educandos á que, aprovechando el tiempo, contribuyesen á que los próximos exámenes desajasen complacidos á las autoridades, á las familias y, en general al numeroso público que, ese año como en los anteriores, indudablemente los favorecería con su presencia.

Y ¿cómo no afanarse cuando ese año se había resuelto premiar á los niños más es-

tudiosos, buenos, puntuales y sobresalientes, con medallas de plata, diplomas de honor, menciones honoríficas y hermosos libritos de entretenidos cuentos?

Tal era el cuadro que presentaba cierta escuela rural de un Departamento que no hay necesidad de nombrar, cuyo maestro (á quien los niños llamaban con tanto cariño como respeto *don Gabriel*), hombre joven, lleno de méritos, vocación y talento, había convertido en un verdadero apostolado la noble profesión de mentor de la infancia.

Don Gabriel era el consejero de sus alumnos, el que les inculcaba por medio del ejemplo todos los preceptos de la más pura y acrisolada moral; el que intervenía en sus juegos y dirimía sus pueriles polémicas; el que armonizaba caracteres y aclaraba dudas, siendo siempre sus decisiones tan justas, que todos quedaban satisfechos, aun aquellos contra quienes él dictaba sus fallos.

Este resultado no sólo era debido á su carácter austero como padre de familia, como ciudadano y como hombre, sino á los procedimientos que empleaba como Preceptor en sus relaciones con su pequeño ejército escolar; porque cuando don Gabriel hacía justicia, nunca dejaba de explicar las causas que tenía para obrar de tal ó cual modo; siempre fundaba sus decisiones en consideraciones tan concluyentes y lógicas, que llevaban al ánimo de todos el profundo convencimiento de la rectitud de sus proceder.

Tal modo de formar el carácter de los niños tenía que producir resultados satisfactorios; así es que no debe causar extrañeza el caso que pasamos á relatar, porque era natural consecuencia de la educación recibida en la acreditada escuela rural que, con aplauso general de los habitantes del distrito, el Gobierno había acertadamente confiado á la pericia, tino é ilustración de don Gabriel.

Existía en el establecimiento de enseñanza de la referencia un niño de unos trece ó catorce años de edad, tan bueno como inteligente, tan estudioso como querido de sus compañeros por estas cualidades y otras no menos laudables. Sólo tenía en su contra la pobreza de su familia, que refluía en él de una manera tan dolorosa que era el único alumno de la escuela que carecía de calzado, no disponiendo siquiera de un par de alpargatas para presentarse con decoro y no lastimarse los pies al recorrer el largo trayecto de tres kilómetros que mediaba entre el miserable casucho que le servía de albergue y el local de la escuela.

Juan Pérez, que así se llamaba el héroe de esta verdadera historia, era el alumno más aventajado que tenía don Gabriel, quien le profesaba entrañable cariño, de igual modo que le querían sus compañeros, al contemplarlo tan pobre, tan bondadoso y tan aplicado.

Pero Juan no podía concurrir á los exámenes por impedírselo su pobreza, pues bajo ningún concepto quería exponerse á los severos juicios de sus discípulos presentándose en tan solemne ocasión con su traje viejo, descolorido y remendado, desnudos sus pies y mal abrigada la cabeza,

(1) El hecho que informa esta narración acaeció en la Escuela de la Cuchilla Redonda, Departamento de San José, siendo el autor de este trabajo á la sazón Inspector de Escuelas.

mientras que los demás niños lucirían ese día vestidos nuevos y flamantes botines.

Su delicadeza infantil tampoco le permitía poner en ridículo al Profesor concurrendo casi harapiento a un acto al que asistía siempre un numeroso público, pues para los vecinos del paraje en que su escuela estaba situada, los exámenes de fin de año eran una fiesta tan trascendental como la de la recolección del trigo.

Por otra parte, nunca se habría perdonado la acerba crítica que su presencia en aquel acto habría acarreado a su pobre y honrada madre por la carencia de un traje que fuese presentable; y Juan se hallaba resuelto a no ocasionarle ningún disgusto, ni la menor contrariedad, porque si era buen camarada era todavía mejor hijo.

Su decisión estaba, pues, tomada; se quedaría en su casa alegando ante el maestro un pretexto cualquiera para no venir. . . . y que otro niño se llevase la medalla de plata que él tenía tan legítimamente ganada.

Además, Juan reflexionaba que el primer premio tal vez no lo obtendría, porque estaba de por medio el hijo del Juez de Paz, persona de valimiento en la sección; los dos hijos del dueño de la *pulperia* más cercana, que había cedido el terreno para en él construir el local de la escuela, y, finalmente, no faltaría al examen Ricardo, hermano menor del labrador más rico del distrito; aquel Ricardo, tan suelto de cuerpo como expedito de lengua que vivía en una hermosa casa de azotea, había efectuado varios viajes á Montevideo y era, además, atrevido y locuaz como ninguno.

Cierto es que don Gabriel no permitiría que se cometiesen injusticias, pero las personas que formasen la Comisión examinadora se aconsejarían del maestro para la distribución de los premios, y obrarían según su criterio y con arreglo á la impresión del momento?

En conclusión, Juan resolvió no ir á los exámenes, lo que participó á uno de los condiscípulos con quien más intimaba, dejando apenas traslucir con frases veladas la causa de su futura inasistencia.

.....

La antevíspera del día de los exámenes, á la hora del recreo, los alumnos de la escuela de don Gabriel se encontraban reunidos debajo de la enramada hablando en voz baja, cuchicheando, y con todas las apariencias de gentes que tratan de poner en planta algún proyecto clandestino. Uno de ellos estaba en acecho para avisarles si el maestro aparecía; otro iba depositando en su cartera los vintenes ó reales que cada uno entregaba, mientras que un tercero anotaba en un papel los nombres de los donantes y el monto de las cantidades que se recogían.

Terminada la operación, el que hacía las veces de tesorero, que era uno de los mayores, procedió á contar lo recaudado, que ascendió á la suma de seis pesos, ocho reales y un vintén.

—Sobra plata, dijo alborozado; y después de colocarla en un ángulo de su pañuelo, atóla fuertemente y, guardándola en uno de

los bolsillos de su amplia bombacha, se apresuró á entrar en clase conjuntamente con sus demás compañeros, porque el maestro hacía sonar la campanilla llamándolos á todos.

Una vez concluidas las tareas escolares, y cuando estuvieron todos prontos para retirarse y no volver hasta el día del examen, pues el de la víspera no había clases á fin de que el preceptor pudiese consagrarse al aseo y arreglo del salón, el que hemos dicho que había guardado el dinero pidió permiso para hablar, y, una vez concedida la anuencia para ello, se expresó del siguiente modo:

—Don Gabriel: ha de saber usted que Juan Pérez no vendrá á los exámenes porque no tiene ropa con que presentarse, y como la madre tampoco puede comprársela porque está muy pobre, nosotros hemos levantado una suscripción, cuyo producto destinamos á la adquisición de un traje, un sombrero, una camisa, una corbata y un par de botines para nuestro compañero. No podemos bajo ningún concepto permitir que Juan deje de asistir, pues sería privarlo del primer premio, que bien sabemos que le pertenece con toda justicia, por su inteligencia, el buen corazón que posee y lo muy aplicado que es. Por lo tanto, le rogamos que acepte este dinero y se lo lleve á su familia, si es que usted no quiere tomarse la tarea de ir hasta el pueblo y comprarle las prendas que necesita.

Enterneado don Gabriel ante la generosa actitud de sus alumnos no sabía qué contestar; se hallaba verdaderamente conmovido porque aquella acción tan espontánea era el resultado de su propia obra, de los sentimientos que les había inculcado, de sus reiteradas prédicas moralizadoras, y era también demostración elocuente del carácter bondadoso de aquel grupo de niños que obraban así guiados por sus propios impulsos y no como inconscientes autómatas.

Así es que sólo pudo articular estas cortas frases:

—Son ustedes unos diablos, váyanse á sus casas, que yo me encargo de lo demás.

Y tan bien cumplió don Gabriel los deseos de sus caritativos discípulos, que el día de los exámenes Juan, vestido con un traje nuevo, aunque modesto, como correspondía á su humilde posición, se encontraba en su respectivo banco ocupando el primer puesto entre los niños de la clase más adelantada.

.....

Terminado el acto el presidente de la Comisión examinadora se puso de pie, actitud que imitó toda la concurrencia, y pronunció breves palabras alusivas á la fiesta que se celebraba, pasando después á nombrar los alumnos premiados:

—Juan Pérez—dijo—medalla de plata, primer premio!

Apenas hubo terminado, todos los niños batieron palmas de alegría, mientras que la concurrencia quedábase perpleja ante aquella no acostumbrada explosión de entusiasmo.

Pero se dió cuenta exacta de lo que pasaba cuando, concluida la distribución de

los premios, presencié cómo Juan era rodeado por unos, y por otros abrazado y felicitado, sin que dejase de tomar parte en estos agasajos el mismo Ricardo, que aunque algo pagado de sí mismo, tenía buen corazón y había contribuido como los demás á la compra del traje y, por consiguiente, á que se cumpliese aquel acto de justicia que reemplazaba la envidia por la caridad.

ORESTES ARAÚJO.

Los Andes y los Genios

Cual cifra que en los cielos majestuosa
Trazara el Creador, cuando potente
Mandó surgir la América grandiosa
Del abismo insondable
Que al saber del humano
Vedan las aguas del terrible Océano,
Así las cumbres del coloso andino
Á la vista se ofrecen del marino.

Mas ya el bajel sobre las grandes olas
De los mares que braman
Al pie de la gigante cordillera,
Como fiero león embravecido
Bajo la planta, y á la voz severa
Del domador erguido,
Extasiado contempla el navegante
Esas pardas montañas
Que sus bases clavando de granito
Del mundo en las entrañas,
Cual columnas levántanse del suelo
Para llevar sobre sus blancas cimas
Todo el peso del cielo.

—
Solitario viajero
Dotiene á veces su cansada marcha
Del valle en el sendero,
Y atraídos sus ojos por la augusta
No acabada cadena,
Legión la cree de ciclópea hueste,
Por los rayos de Jove fulminada;
Pero que ardiendo de furor titánico,
Su reto lanza á la divina altura,
Ya llevando su frente lacerada
Al espacio infinito
Con nieve eterna de radiante alburna,
Ya escupiéndole soberbia
Al rostro de los soles
El fuego de sus venas,
Y sus entrañas en ardientes moles.

—
Excelsos son los Andes,
Colosales pirámides que llaman
La admiración del mundo,
Y severos proclaman
El poder y la gloria
De Aquel de Orbes creador fecundo.

—
Mas ¿qué es el hombre al lado de uno solo
De esos inmensos montes
Que los astros coronan
Y tienen á sus pies los horizontes?

Como un insecto débil y perdido,
Que se arrastra anhelante
Buscando sol y aliento
En la base gigante
De algún antiguo regío monumento.

Pero el insecto débil, corruptible,
En medio de la inmensa
Grandiosa creación siempre invisible,
Dominará los Andes,
Con sus pies subyugando la alterosa
Frente de la cadena portentosa.

Insectos genios, San Martín, Bolívar,
¿Qué hacéis, pigmeos, en la andina altura?
—Grabamos, os dirán, en estas rocas,
En esta nieve, como el mármol dura,
Y del volcán en las ardientes bocas,
Con nuestra espada, pluma de la historia,
De América la gloria.

1861

RAMÓN DE SANTIAGO.

Roma y Cartago

I

Pelean frente a frente dos razas, dos naciones
por sojuzgar el mundo a su triunfal poder:
la raza de los Gracos, que es raza de leones,
y el pueblo de los Barcas, que es pueblo mercader.

La libertad de un lado, del otro el despotismo;
aquí el *civis romanus*, el traficante allá;
el uno es pueblo-cumbre, el otro pueblo-abismo;
Moloch está en Cartago, y en Roma Apolo está.

El África florece en la creación de Dido,
Europa en la de Rómulo alborar se ve;
aquende la grandeza del italo aguerrido;
allende la fortuna de la dolosa fe.

El hijo de los héroes que amamantó una loba,
tan cívico en la guerra cuan cívico en la paz,
virtudes y proezas en el Panteón conglobo,
como esplendentes rayos el luminoso haz.

Y la hija de un sufeta, la hermana de aquel bravo
en Cannas victorioso, la virgen Salambó,
al precio de su honra consigue del esclavo
lo que el poder del pueblo cartaginés negó!

La voz de los tribunos escúchase en el Foro
de la ciudad latina vibrar por el deber,
en tanto que en la púnica entona su himno el oro
con que al venal soldado salaría el mercader.

II

Cual se alza sobre ruinas trepante jaramago:
del árabe errabundo levántase el aduar
en medio los escombros de la que fué Cartago,
perdida en el umbroso desierto del estrago
como una blanca vela en el inmenso mar.

Cual faro que en la cumbre de abrupto promontorio
indica el derrotero del mar en el bullir,
de una nación moderna magnificente emporio,
con majestad de reina, con esplendor notorio
la Roma del pasado señala el porvenir.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

NOTAS SOBRE CRÍTICA

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la atención de la más cercana posteridad.

Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea ó una forma de arte—nervio y carácter de sus juicios—la íntima serenidad que pone un límite a los apasionamientos de ese amor, como lo fija a las tempestades de la tierra la paz de las alturas.—Recuerdo haber escrito alguna vez que en la aleación del alma del crítico grande y generoso, es indispensable elemento una buena porción de aquella sustancia etérea, vaga, dotada de infinita elasticidad, fácilmente adaptable a las más opuestas manifestaciones del pensar y el sentir, que veía el gran estético de la Enciclopedia en el alma multiforme del cómico.—Agregaré que la más elevada aspiración de un espíritu literario ha de cifrarse en la ciudadanía de la ciudad ideal que imaginaron en Weimar los dos geniales colaboradores de *Las Horas* y a la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos y la reconciliación de todas las inteligencias.

Leopoldo Alas traduce acertadamente en máxima de crítica la frase famosa de Terencio: «No me es ajeno nada de lo que es humano».—El mejor crítico será aquel que haya dado prueba de comprender ideales, épocas y gustos más opuestos.

Si hubiera de graduarse el nivel á que alcanza en la clasificación de las inteligencias el espíritu de cada escritor, tomando por base sus aspiraciones respecto á la crítica que ha de pronunciarse sobre sus obras, yo propondría la fórmula siguiente:—El escritor de noble raza es aquel que ambiciona, ante todo, ser comprendido. El vulgar escritor es aquel que procura, ante todo, ser elogiado.

El ministerio de la crítica no comprende tareas de mayor belleza moral que las de ayudar á la ascensión del talento real que se levanta y mantener la veneración por el grande espíritu que declina.

Reservada la benevolencia de la crítica para juzgar las caídas de los grandes y no la empleéis en cohonestar la inepticia de los pequeños.

Lo que Benthám define, en los *Sofismas políticos*, la «disposición absolutamente necesaria á la naturaleza humana que nos lleva á admitir sobre la palabra de los demás, no solamente hechos, sino también opiniones», puede oponerse á menudo á las ventajas del examen libre y personal y de la espontaneidad del pensamiento y el gusto, en los críticos poco reflexivos ó poco audaces. Pero con relación al nivel vulgar de la crítica privada de la superioridad que es necesaria para aspirar á alzarse en rebeldía contra las leyes del común pensar y sentir, ese im-

perio de las opiniones autorizadas es una sana fuerza conservadora que mantiene el orden en los dominios del pensamiento. Sin el límite que ella opone á la ingenuidad de la ignorancia y el mal gusto, críticos habría que llamaran hombre de genio á Jorge Ohnet y fastidioso á Cervantes.

El crítico que al cabo de dos lustros de observación y de labor no encuentre en aquella parte de su obra que señala el punto de partida de su pensamiento, un juicio ó una idea que rectificar, una página siquiera de que arrepentirse, habrá logrado sólo dar prueba, cuando no de una presuntuosa obstinación, de un espíritu naturalmente estacionario ó de un aislamiento intelectual absoluto.

La crítica de Boileau podría simbolizarse en un aula de muros austeros y sombríos donde una palabra de entonación dura y dogmática impone la autoridad de un magisterio altanero.—En la crítica de Villmain, ó la de Valera, respiramos un tibio y perfumado ambiente de salón, donde se conversa con donaire exquisito sobre cosas de arte.—La de Taine nos lleva á un magnífico laboratorio, en el que un experimentador opulento, que es á la vez hombre de selecto buen gusto, ha puesto la suntuosidad de un gabinete de palacio.—La de Gautier nos conduce por una galería de cuadros y de estatuas.—Leyendo á Macaulay nos parece hallarnos al pie de la tribuna, bajo el imperio de una elocuencia avasalladora.—Con Menéndez Pelayo penetramos en una inmensa biblioteca.—Con Sainte-Beuve y Bourget nos allegamos al archivo íntimo que guarda condensada el alma de un autor.

Hay también, allá en los arrabales de la ciudad del pensamiento, un tugurio estrecho y miserable, donde un mendigo senil ve pasar, con mirada torva y rencorosa, á los favorecidos con los dones y triunfos de la vida: juventud, fortuna, belleza.

Es la crítica por quien dura y maldice eternamente, en el mundo literario, el espíritu de Zoilo.

La lucha del «contenido infame» que existe en todo espíritu, con la insuficiencia del verbo limitado y rebelde, que hacía anhelar al poeta de las «Rimas» poder trocar el «idioma mezquino» de los hombres por otro que diese á un tiempo sensación de suspiros y de risas, de notas y colores, suele atormentar también el espíritu del crítico, al esforzarse por traducir en palabras ciertas reconditeces del pensar, ciertas delicadezas de la emoción estética, ciertos matices del juicio.—Tiene, entendida así, un sentido profundo la frase con que termina el autor de *Apolo en Pafos* su examen de cierto libro de Pereda: «La crítica debiera auxiliarse á veces de la música. Sólo con una melodía muy tierna y dulce podría *juzgarse* de la belleza más recóndita de la última parte de *La Montañez*.»

Jesé E. RODÓ.

ÍNTIMA

Esas ansias secretas que en el alma
toda mortal anda,
esas ansias secretas que en los labios
y en los ojos palpitan,

¡Cuántas veces no hay que sofocarlas
por no ser comprendidas;
y cuántas devolverlas hacia el alma
y guardarlas cautivas!

¿Quién no siente el anhelo misterioso
de hallar en la pupila
de otro ser que despierta nuestra mente
y que el amor inspira,

La imagen de sus propios sentimientos,
la imagen bendecida
de todas las risueñas esperanzas
y las soñadas dichas?

¿Quién no siente el anhelo misterioso
de compartir la vida,
de entonar un idilio inacabable
de ternura infinita?

¿Es humano soñar tanta ventura,
tan celestial delicia,
y es humano también el no alcanzarlas
en esta triste vida?

Yo no estoy por el dúo en que se rompe
la eterna melodía.

Para anudar el lazo hay que quererse
con alma, fuerza y vida.

ADELA CASTELL.

PENSAMIENTOS

La vida es una rapsodia, en la que la
memoria hace de fonógrafo y el corazón de
kinetoscopia.

El amor es como el Sol: calienta á todos
por igual.

La espina hallada al acaso en la ladera
del camino nos punza inconscientemente.

Así muchas mujeres nos hieren sin saber
cómo ni cuándo.

La mujer es cielo, tierra y mar.

Cielo por sus promesas; tierra, por su
fecundidad, y mar, por sus lágrimas.

El amor es el puente que une la tierra al
cielo, aislando el mar.

La mujer! musa inspiradora de nuestra
leyenda clásica! y el amor, versículo gentil
del eterno poema!

Somos impresionables porque pertenece-
mos á esa raza latina tan llena de defectos
y de virtudes.

Aportamos en un instante de entusiasmos
todas nuestras nerviosidades, y caemos
inmediatamente en el más inculcable de

los marasmos, porque en un momento he-
mos consumido estérilmente lo mejor de
nuestras energías.

Impulsivos algunas veces é instintivos
otras, un rayo de luz nos ha hecho creer
que estaban iluminados para siempre los
horizontes queridos de la patria, y una
duda amarga ó una decepción maldita nos ha
vuelto á los viejos, jóvenes intemperantes,
y á los jóvenes, viejos desencantados.

Intransigentes, creemos que servimos no-
blemente á los principios, y transigentes,
que obedecemos á la santa imposición del
patriotismo.

Así hemos vivido y así viviremos mien-
tras el proceso político de nuestro pueblo
no señale otros rumbos que los estrechos y
viciosos en que han actuado Montevideo,
con todas sus tradiciones gloriosas, y la
campana, con todos sus sacrificios indeci-
bles.

¿Cuáles han sido las proyecciones posi-
vas?

¡Arar en el mar ó perdernos en la selva
obscura immortalizada por el terceto genial
del dantesco poema!

Cuando se abandona la patria para bus-
car en el ostracismo y en las contingencias
de la suerte lo necesario, es porque la at-
mósfera política en que se ha vivido está
saturada de la expresión que Cambrone lan-
zó en Waterlo.

El evolucionismo de Gladstone vence y
el posibilismo de Castelar es vencido.

El del primero es la resultante de una
raza de acción, que siempre lleva fines prác-
ticos.

El del segundo es el ensayo de una raza
de discusión, impulsada generosamente por
móviles teóricos.

Shakespeare es inmortal porque sus per-
sonajes viven en todos los tiempos, se en-
carnan en todas las épocas y pertenecen á
todas las nacionalidades.

El siglo que muere lega á las generacio-
nes venideras el microbio infeccioso de la
sífilis política.

Me gustaría ver una huelga de los hom-
bres de pensamiento, para ver cómo se
producirían los brutos.

Hay cerebros que alumbran como una
vela de sebo y que pretenden iluminar co-
mo Sirio.

La muerte es el único problema que la
humanidad no discute.

El proceso evolutivo de la ciencia de-
muestra que la universalidad de conoci-
mientos es imposible, en tanto que es lógi-
ca la especialización.

El caudillo no es un producto genuino de
la política americana, como algunos lo afir-
man, sino la consecuencia necesaria de la
imposición del valor y de la generosidad
en un momento dado y en la edad de hierro
de cada pueblo.

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

Remember

Á Orfilia Celia.

Cruzaba las ásperas sendas de la vida,
abrumado de tristezas. El dolor le ofrecía
mano amiga; pero el dolor es un verdugo,
y como tal le prodigaba padecimientos en
vez de caricias.

Sus afectos, sus entusiasmos, las ternezas
de su corazón y los esplendores de su alma
no los prodigaba á nadie, porque nadie los
aceptaba.

Las noches de su vida eran muy densas,
y las fugitivas ilusiones, semejantes á lívi-
dos relámpagos, hacíanlas aún mucho más
sombrias.

Sin embargo, la esperanza—sombra bien-
hechora—se cernía sobre su existencia co-
mo para darle alientos en la jornada y ofre-
cerle, en las incertidumbres de lo porvenir,
el amanecer de un día cuya aurora esplen-
dorosa fuese también aurora de amor y
mensajera de felicidad.

Y él proseguía.

La constancia es premiada; la tenacidad
vence todas las dificultades.

Nunca fué de cobardes alzarse victoriosos
en liza con el adverso destino.

Y él, venido de héroes, nacido para la
lucha y templado en el infortunio y la des-
ventura, no debía arredrarse. Era joven, era
fuerte; no era un sér vulgar; debía vencer, y
venció.

Sus rudezas de gaúcho; su altivez no dome-
ñada; su afán, su orgullo en no doblarse ante
las imposiciones sociales—esos falsos
preceptos que obligan á la virtud á inclinarse
ante el vicio erigido en señor—obligábanlo
á vivir en los apartamentos de la vida
privada.

Era tan reducido el escenario en que ac-
tuaba, como grandes sus ambiciones; tan
enconosco para con sus enemigos, como leal
y generoso para con los allegados á las te-
las íntimas de su corazón.

Si era hosco, huraño, bravío, era porque
á su existencia le faltaba luz. Así como la
naturaleza se transformaría si le faltara el
Sol, las almas sin amor son almas sombrías:
todo en ellas es tético.

Y él buscaba luz, claridades imposibles
para transformar aquella su noche perpetua
en perpetuo hermoso día de inefables ventu-
ras, y lo consiguió. ¿Quién que confía en lo
porvenir no logra volver realidades sus es-
peranzas largamente acariciadas?

Un día inolvidable del mes de febrero
amaneció el cielo más transparente y diáfano.

no, más ardiente el Sol, las brisas más perfumadas que las nubes más ligeras. En las proyecciones lejanas del horizonte había esplendores de aurora.

La tarde, coronamiento lógico de aquel día, como ninguno hasta entonces hermoso, tenía toda la magnificencia, la tibieza y el encanto que acaso tuvieran las tardes paradisíacas entrevistadas a la luz de los recuerdos en las evocaciones poéticas de la historia.

Aquel sér sombrío, salvaje, abandonado en brazos de la desesperación, veíase transformado. Su corazón tenía latidos de gigante; su alma, expansiones inusitadas de alegría y placer; su mente, inmensa flor de pétalos de luz, entreabríase esparciendo, al tenue soplo de la ilusión, el polvo de oro de sus pensamientos.

En el día aquel todo anunciaba el advenimiento de algo grande.

Allá, á las diez de la noche, él, más soñador que nunca, se confundió, siguiendo las huellas esplendorosas que en pos de sí dejaba una mujer divina, entre la bulliciosa concurrencia á una marítima fiesta.

El mar llegaba cantando sus himnos seculares á deshacer sus ondas de rizada espuma en la arenosa playa. Harmonías indefinibles de músicas aladas fluctuaban en los aires, como eco lejano apenas perceptible de bodas celestes. Rumores vagarosos de risas de mujer y frases galantes, como himnos de fiesta, desvaneciáanse entre las ondas perfumadas de la brisa, venida desde los boscajes inmediatos al sitio aquel.

Por fin se hallaron frente á frente él—el proscrito del amor—y ella, la mujer soberbia con actitudes de diosa y sentimientos de ángel; y en la luz de sus miradas entre-lazaron sus almas.

En aquel instante, en el indeciso confin del horizonte, sobre el mar, se alzaba, riendo sus rayos de plata sobre las inquietas olas azules, la luna, vieja deidad pagana.

JUAN FRANCISCO PIQUET.

EN UN ÁLBUM

El hada hermosa de los buenos sueños cierra los párpados de las niñas jóvenes, para hacerlas soñar despiertas. Recorre con ella el camino que has andado, sin darte cuenta, y verás en primer término, inclinados sobre una cuna á un hombre joven y una mujer amante velando el sueño de su primera hija.

El amor, eterno generador del mundo, batió sus alas de rosa sobre un hogar feliz. Crece la hermosa criatura como la flor perfumando el vaso que la contiene; pero en su débil existencia hay que cuidarla, guiarla, apartar de su paso las espinas; guardarla del calor y del frío.

En su cabecita tierna hay una chispa de fuego que podrá hacerse una hoguera ó una antorcha; el hálito puro del amor materno mantiene vivo ese fuego. La niña abandona los juguetes: la muñeca dormirá siempre sin

que el hada hermosa vaya á despertarla para abrir con su vara mágica las puertas de esmeralda de la juventud. Asómate á ellas; verás cómo ríen las ilusiones, coronando tu frente con nimbos de luz. ¡Quince años! Primera etapa de la vida. Gloria, esperanza, amor, doradas visiones que forman el kaleidoscopio encantado de la mujer. Despierta: ahí están los dos seres que velaban tu sueño; hoy alumbran tu camino con la antorcha de su amor.

Si les preguntan por qué están llenos de gozo, ellos dirán: Es Edda que pasa, llevando en sus hombros la blanca túnica de la inocencia y en su corazón la semilla de las virtudes: Es nuestra hija. ¡Benlita sea!

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Del Sr. Constantino Becchi

Sr. Br. D. Daniel Martínez Vigil

Estimado Sr. mío:

Le estoy muy agradecido por las líneas que ha tenido á bien dedicarme en el número 19 de la REVISTA NACIONAL. Hijas de la simpatía de su buen corazón hacia mi humilde personalidad, me transmiten conceptos que estoy en el deber de agradecerle siempre, mas no sin rebajar mucho el colorido que les ha prestado el entusiasmo con que han sido dictados.

Debo asimismo poner constancia en sus manos de que me ha complacido la censura que me hace por el abusivo empleo que yo hice de la diéresis en muchos versos de *Un canto de Ultratumba*; composición que habiendo sido escrita para una velada literaria para la cual se me invitó galantemente á concurrir con algún trabajo adecuado al objeto de ella, publiqué después en folleto á instancias de mi docto amigo D. Ramón de Santiago, y cuyo impreso, luego de ser profusamente distribuido entre mis relaciones á título de modesto obsequio, envié á todas las librerías para que lo tuvieran como uno de tantos libros. Y note V. que digo: para que lo *tuvieran* y no para que lo *vendieran*, á pesar de lo que pudieran decir los carteles, porque no deseo se me aplique el satírico epigrama de D. Leandro Moratín, enderezado á un autor como hay muchos (entre los cuales, modestia á un lado, se cuenta como primero su humilde servidor), y el cual reza:

«En un cartelón leí
que tu obrilla baladí
la vende Navamorcuende...
No ha de decir que la vende,
sino que la tiene allí.»

Pero, entremos á tomar en cuenta lo que V. me censura. El defecto lo produce conscientemente, por un exceso de caviliosidad de corrector de pruebas de imprenta que no quiere aparecer falseando reglas á que preceptivamente está sujeta la medida del verso; y así, habiéndome encontrado con infinidad de palabras en cuya composición silábica entraban las letras *ea, oe, ao, ue,*

cuyo frecuente pero inevitable empleo me hacía resultar muchos versos con sobra en la medida (pues con respecto á la formación de la sinalefa entre vocales de una misma palabra me parece que hay que andarse muy despacio si no se quiere quebrantar las leyes de la métrica), quise demostrar los casos en que habíanse de leer ambas vocales empleándose una sola emisión de voz, como sucede con los diptongos, y eché mano, á falta de un signo que indicara la unión de las dos letras, de los dos puntos ó crema. Pero, la enmienda fué peor que el soneto, y lo que hice fué producir con más notoriedad el efecto que deseaba evitar; tanto más, siendo razonable que el lector versado en gramática no puede ni debe tomar en cuenta *intenciones*, sino atenerse á lo que lógicamente representan los signos ortográficos. Confieso mi desacierto al respecto, y trataré de no caer otra vez en él; pero no dejaré de lamentar la imprevisión de la Academia de la Lengua, que no ha inventado (¡quiera para mi exclusivo uso!) un signo ortográfico, que mucho emplearían los que tienen la marfi de aparecer como buenos correctores de pruebas, y entre ellos el autor de estas letras, el cual signo sirviera para hacer decir, cuando necesario fuese: *idia, idial, criación, preparaús, pueta, etc.*, en vez de *idea, ideal, creación, preparaos poeta*.

¡Y si no fuesen más que los por V. señalados los errores ortográficos (y de todo linaje) que bordan la composición de la referencia, y otras del mismo autor!

Pero temo que habría para hacer una cadena interminable con ellos; tal es, indudablemente, su número: porque estoy convencido de que no puede dejar de cometerlos quien, siendo mal escritor y pésimo corrector, tenga que enfascarse alguna vez en la corrección de pruebas de sus propias obras. Siempre que el mismo autor haya de corregir las pruebas, teniendo que atender al concepto, á la ortografía y á la parte tipográfica, se han de deslizar errores en los impresos. Por eso el buen corrector es elemento de gran valía en una imprenta: y si á la vez que tipógrafo instruido es hombre de ilustración, ¡qué auxiliar eficaz tienen en él los autores!

No he entrado en las predichas consideraciones para justificar los errores que V. acertadamente me censura. No, señor: lo mal hecho, siempre estará mal; y debe agradecerse, sin pedir atenuaciones, á quien bondadosamente hace notar los defectos para que se corrijan. Mas, frecuentemente ocurren aberraciones *en el oficio*, que lo dejan á uno tamaño; mayormente cuando se tiene propensión al atildamiento, y, sin duda, por aquello de que la vanidad, aun en sus más ínfimas manifestaciones, sale siempre maltrecha. Pruebas: el caso que V. critica, y, entre otros muchos, el que sigue: en un folleto que publiqué con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, me propuse excluir de un verso un galicismo muy en uso: el tan sonado *librar batalla*. Hallé la voz castellana propia y me la guardé *in mentem* muy feliz para sustituir la de origen galo. Se hizo la composición del folleto, corregí las

pruebas tres ó cuatro veces, y, después de impreso el librito, me eché á leerlo tranquilamente para *gorgome en mi obra*. ¡Fatalidad! . . . el LIBRAR BATAÑA apareció ante mis ojos nítidamente impreso, y hasta me pareció que sonreía y hacía a la vez una expresiva mueca. ¿Cómo se me escapó el error ó, mejor dicho, omití la corrección, después de haber hallado el modo, que había buscado con tenacidad, de *librar* de LIBRAR UNA BATAÑA? ¡Vaya V. á saberlo!

En cuanto al mal empleo de la diéresis, *no es la primera zorra que desnudo*. Antes de la ocasión apuntada por V. he hecho uso de aquel signo (á falta de otro), siempre con la intención de que se leyera abreviando el tiempo ó fundiendo en una las dos letras mal encontradas. Pero . . . gracias sean dadas á V. . . ¡ya no lo haré más!

Y con esto y un efusivo apretón de manos por lo correcto y oportuno de su observación, le saluda atentamente su muy sincero y afectísimo seguro servidor

CONSTANTINO BECCHI.

Montevideo, 7 de enero de 1896.

UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

(Continuación)

15 de Diciembre.

Acaban de marcharse los muchachos. Como si se hubieran dado cita en este mi cuchitril, empezaron á caer uno después de otro. Primero apareció Ricardo Calzada, para pagarme la visita que me había ofrecido. Después, entraron Bruno López y José Mena, que venían para que les mostrara un libro á fin de solucionar una discusión que tenían. Luego, llegó Héctor Llanos á quien había invitado por la tarde para leerle unos versos. Con esto, formé mi tertulia y hemos hablado y discutido un poco de todo, pero principalmente de mis nuevos amores.

Empecé por leerles lo que escribí ayer en este diario y luego les comuniqué mi proyecto de hacerle el amor á Marta. Por lo que he visto, Mena no está conforme conmigo; pero, siguiendo su manera de ser, no ha dicho una palabra. Se sentó junto á mi mesa de trabajo y ahí se ha pasado tres horitas revisando una ilustración. López ha discutido con Calzada como un endemoniado. En cuanto á Llanos, me ha explicado un pensamiento suyo, para enterarme de que yo no le he entendido.

Según López, yo hago perfectamente en cortejar á Marta. ¿Que pretendo engañarla? Pues, ¡vaya una novedad! Eso es cosa que acontece todos los días, y nada más vulgar que ver un joven «dragonear» á una muchacha por divertir-

se nada más. ¿Por qué no he de poder hacerlo yo? ¿A santo de qué semejantes puritanismos? ¿Ó es que debemos llevar el altruismo al extremo de sacrificarnos? ¡No faltaba más! Él era partidario de Darwin, acababa de leerse algunos tomos del célebre naturalista, y estaba hecho todo un pedante de ciencia. Por lo demás, encontrábase con excelentes disposiciones para disentir, y tuvo momento soberbio: hasta llegó, en ciertos instantes, á vencer á Calzada.

Éste, por su parte, hizo un verdadero derroche de filosofía personal. Adujo que engañar á una mujer es siempre una maldad, y que nada probaba el hecho de que es cosa corriente el querer y olvidar á las muchachas. Porque los otros hacen eso, nosotros no debemos hacerlo si nuestra razón reprocha semejante proceder. Luego no hay que olvidar que es cosa grave jugar con fuego: yo empiezo estos amores por pura broma y no sería cosa del otro viernes que, al fin de la partida, saliera enamorándose de verdad. Y dado que esto sucediera, ¿que determinación tomaría? Está claro que empezarían los amores serios, que me vería obligado á entrar á la casa y visitar á Marta, y, por último, casarme. ¡Casarme! He ahí el problema. A Calzada esto le parece poco menos que un imposible. ¿Con qué me casaré yo? ¿Tengo dinero? ¿Tengo un buen porvenir? ¿Alcanza la renumeración de mi empleo para vivir con Marta? No, no podría casarme. Pero, por otro lado, mis ideas no me permiten llegar á esa solución. Yo no creo en el amor de las mujeres; luego, al enamorarme de Marta, sólo me encontraría en el caso difícilísimo de llevar la peor parte en la partida. Ella no me amaría y yo sería desgraciado con eso. Podría olvidarme por atender otro novio y entonces yo volvería á ser desgraciado. Es natural, entonces, que ninguna de estas soluciones me conviene.

Aquí llegaba el bueno de Calzada en sus razonamientos y filosofías, cuando López brincando de coraje y accionando como un endemoniado se soltó con una réplica que quedará indeleble en los fastos de la historia. El diablo de muchacho estaba de buena veta y tuvo momentos de orador. Sus nervios terribles me reportaron algún perjuicio, porque me despatarró una silla y me lizo polvo el espejillo; pero la verdad es que estuvo soberbio y nos metió á Darwin por las narices lo menos quinientas veces. Con la cuestión de que acaba de leerlo, no hace más que sacarlo al retortero apenas alguien pretende estornudar ó rascarse el pelo. ¡Caracoles, con el muchacho!

Calzada se le amosó un poco; las voces subieron; la discusión se animó; López le dijo que su filosofía era una filosofía de los tiempos en que Cristo se afeitaba las barbas en las peluquerías de Jerusalem; Calzada lo llamó ignorante; López dió un respingo de indignación (aquí fué que me astilló el espejo) y recordó una vez más que ha leído á Darwin, y Renán, y Bourget y qué sé yo cuantos otros escritores; Calzada volvió á replicar, y tanto gritaron, removieron, aullaron y se partieron, cruzándose frases como centellas, interrupciones como bombas anarquistas, exclamaciones como cohetes, metiéndose las manos por los ojos, que, cuando exhaustos y rendidos, cada cual se sentó por su lado, refunfuando y hoscos, yo los observé aterrado para ver si estaban hechos pedacitos.

Mena, tranquilamente, había escuchado la discusión, y terminada que fué ésta, volvió á su

librote haciendo un leve gesto de disgusto. Llanos, indiferente, leía mi libreta de versos. Por mi parte, como es natural, sostenía á López. Pero ambos combatientes se dieron corta tre-gua.

—¡Qué diablos!—saltó de pronto López, el más belicoso, tendido en mi cama, con una piedad sobre el respaldo y otra contra la pared,—¿dónde vamos á parar con esas filosofías del señor Calzada? ¡Canario, digo! ¡Pues no faltaba más! Es decir que si uno es desgraciado no debe tratar de echar á los quintos infiernos su desgracia y buscar diversiones y placeres por cualquier parte y pese á quien pese. . . . ¿Y todo porque? Porque la mujer engañada va á sufrir. . . . ¡Recanario! Yo quisiera que me dijeran qué mujer es la que se muere de amor en estos días. . . . ¡Esto bueno! Como si no supiéramos que en nuestra época las muchachas engañan á los hombres tan fácilmente como los hombres á las muchachas. . . . Y por lo demás, me parece que Velarde no vá á asesinar á nadie, ¡canario! Si él dijera que se proponía seducir á Marta, está bien, yo sería el primero en reprochárselo. . . . Para eso están las sirvientas. . . . Pero enamorarla para engañarse á sí mismo con dichas mentidas, y destruir por ese medio el terrible fastidio que le domina, me parece que es muy natural y muy corriente y muy lógico. En esta lucha por la vida, sólo vence el más fuerte, como dice Darwin. . . . Yo no hablo por hablar; yo cito en mi apoyo una autoridad, y Calzada no hace otra cosa que sacar de su caletre virtudes y virtudes. . . .

—¡Eso no, caracoles!—rugió Calzada, saliendo de sus casillas y descomponiéndose el rostro.—Tú habrás leído á Darwin y todo lo que quieras, pero no lo has entendido. . . .

—¿Que no lo entendido? Pero, ¡por cien mil diablos coronados! qué te figuras? ¿Te crees que soy algún burro?

—Yo no sé; pero no es preciso más que tener sentido común. . . .

—¡Qué sentido común ni qué canarios azules! El sentido común no debe convertirnos en bestia! En esta lucha por la vida. . . .

—Como dice Darwin. . . .—interrumpió burladamente Calzada.

—Como dice el «celador» de la esquina,—replicó López furioso;—sólo debemos tratar de ser felices, y porque se nos pongan por delante murallas de papel no debemos quedarnos parados, nudos de estupor y tirándonos los bigotes ¡Qué, canario! La vida es corta; el que no se divierte merece tirar de un carro. . . . Sí, señor; tirar de un carro y que le toque un cochero gallego. . . . ¡Pues está bonito! Velarde se come las uñas á razón de un berrinche diario; se fastidia en la vida como un papa en el Vaticano; no cree en el amor ni en nada; está convencido de que en este mundo no hay corazones rectos ni buenos ni mujeres que le den un amor puro y desinteresado; después se forma un plan para «dragonear» una mujer, pues supone, y supone bien, que siendo el amor una mentira no debe devanarse los sesos buscando uno verdadero, y si aceptar la pasión como un ensueño capaz de borrar las negruras de su existencia, y ¡zas! viene el señor Calzada y dice que eso está mal hecho. . . . ¡Canario! ¡Recanario! Esta moral que me la claven en la frente. ¿Por qué hemos de hacernos más humanitarios que lagartos románticos? ¿Qué importa que Marta sufra al ser abandonada? Y todavía, eso está en veremos. ¡Que sufra! ¡Cristo! ¡Que sufra por un bolavazo!

¡Pobrecita! ¡Cómo va a llevar! ¡Se va a morir de dolor! ¡Será cuestión de llevarle caramelos! Pero, ¡con mil demonios! ¿qué importa que lleve hasta caerse los ojos y se arranque el pelo hasta quedarse calva? ¡Peor para ella! Si Velarde no pasa por sobre Marta, Marta, u otra mujer, pasará sobre él. Es la ley...

—De Darwin...

—Sí, señor, de Darwin, que sabe más que todos nosotros juntos; y haga el favor de no interrumpirme con zoncercas...

Charlaba, charlaba continuamente, pasándose ahora de un extremo a otro de la habitación, interrumpido a veces por su contendor, haciendo gestos, metidas las manos en los bolsillos del pantalón y subiéndose éste, a cada instante, con movimientos rápidos. Por fin, intervine en la discusión é hice notar la máxima que Llanos me había dicho días atrás. Entonces éste cerró el cuaderno de versos, y mirándome un rato, dijo:

—Poco a poco. V. da un a'cance a mis palabras que yo no les he dado. Yo le dije que entre el hombre y la vida había una gran equivocación y que, tomándola aquél por lo serio, se hacía desgraciado. Pero esto no quiere decir que debemos buscar la felicidad sean cualesquiera que sean los medios...

—Che, Velarde,—saltó diciendo de pronto Mena—y ese libro de Valera que nos ibas a mostrar...

—Por aquí debe de andar...

Y esto cambió el tema de la conversación. Hablamos entonces de literatura, de política y del Pensamiento. Calzada nos contó una historia bastante divertida, y con esto se terminó la velada. Fueron saliendo mis amigos, y, ya en la escalera, alcancé a oír la voz de López y de Calzada que, a par y más amigos que nunca, festejaban no sé qué cosa que refería el primero.

16 de Diciembre.

La discusión de ayer me ha dado mucho que pensar, pero la verdad es que hoy no tengo malicia la gana de ponerme a escribir. Será otro día.

17 de Diciembre.

Es el caso de apuntarlo aquí. En estos tres días que han sucedido al baile de Herranz, he pasado por la casa de Marta. La *chica* me ha esperado detrás de los vidrios y hemos seguido el *dragoneo*.

18 de Diciembre

Bueno. Hoy tampoco no tengo ganas de escribir. Es extraño. Me estoy haciendo un haragán desde que me he dedicado a pasearle la vereda, de cinco a seis, a Marta. ¡Bah! Por lo demás no tengo nada de nuevo que anotar.

19 de Diciembre.

Signe el *dragoneo* y sigue mi pereza. Pero no dejaré de apuntar que ya van varios días que no me pesco un berrinche.

20 de Diciembre.

Hablando de Roma... el berrinche asoma. Anoche constataba que hacía días que me encontraba perfectamente, y hoy, ¡zas! esta bilis endemoniada me ha dado una carga napoleónica. No puedo escribir.

21 de Diciembre.

Esta tarde, mientras estaba plantado en la esquina de la calle de Marta, apareció un jovencito. Se estuvo, lo menos, media hora de centinela. ¿Qué buscará este tío? ¿Quién será él?

No es que tenga celos, pues que no puede haberlos donde no hay amor; pero, la verdad es

que tendría gracia que, de buenas a primeras, esta señorita Marta me diera un taponazo. ¡Tendría que ver!

22 de Diciembre.

En mi guardia de hoy, tuve un encuentro. Estaba distraído, cuando de pronto cruzó a mi lado la mamá de Marta. Me saludó amablemente, y yo me quedé algo avergonzado con la pillada que me hizo. A la señora parece que no le disgusta el que yo le arrastre el ala a su hija. ¡Te conozco, mascarita! ¡Qué más quisieras que yo te sacara la muchacha! Pero a eso y a la Virgen María hay que verlas en camisa... Por ahora, me hago el gusto y mato el tiempo y mi esplín... La cuestión es vivir, y yo vivo.

23 de Diciembre.

Otra vez el mocito de las otras tardes. Decididamente, el pajarraco éste anda atrás de alguna pajarraca. ¿Quién será ella? La verdad es que no puedo colgarle el sambenito a Marta, porque en esta «cuadra» y en la otra hay muchas señoritas. Lo que me fastidia solemnemente es que no sé a quien mira ese tío. Parece una veleta con su nariz punteada, mirando a todos los vientos: ora extiende la visual hacia este lado, luego hacia el otro, y así se pasa su media hora girando de un punto cardinal a otro. ¿Qué buscará esta veleta?

Al pasar frente a la puerta de calle de la casa de Marta, ésta que estaba allí dejó caer, creo que intencionalmente, un ramo de violetas que tenía en el pecho. Se lo alcancé, pero ella murmuró brevemente, mientras se entraba:

—Guárdelo.

Y aquí lo tengo sobre mi mesa, casi marchito. ¿Me pondré a coleccionar flores secas?

24 de Diciembre.

Hoy hace un mes que he conocido a Marta. En mis paseitos cortos por frente a la puerta de su casa, y después de saludarla, hecho unos parrafitos con ella. Me dirige una pregunta ó una observación, y cuando vuelvo a pasar, se la contesto. Así es como me ha hecho recordar la fecha de hoy, y así es como me ha hecho saber que mañana hará una visita a las de Verlara.

¿Iré allá? Hace un mes precisamente que no me ven las narices y al verme aparecer, conjuntamente con Marta, me agradecerán la visita con un adokin en cada mano. ¡Qué me importa! He resuelto no preocuparme de estas tonterías.

Ah! Ya van varios días que olvido anotar en este mi diario que mis amigos forman tertulia todas las noches en mi cuarto. Parece que se han aficionado a este rincón, y, después de comer, van llegando uno por uno. Nos pasamos charlando hasta las once ó las once y media; Calzada y López discutiendo eternamente (aunque el último ya no tiene nuevos arranques oratorios); Mena revisando ilustraciones y asintiendo a todo lo que se opina, y Llanos leyendo versos, ó algún cuento ó crítica suyos, que siempre tiene en el bolsillo, ó dándonos, con su tonadita doctoral, disertaciones y conferencias de filosofía y literatura.

A las diez y media nos echamos al estómago unos buenos *chops*, excepto Mena que calienta por sí mismo en mi calentador una tacita de leche en la que vacía luego una cucharadilla de polvos de cocoa que se trae en el bolsillo.

Y así rueda la vida.

25 de Diciembre.

Visita a las de Verlara... es decir, a Marta Ferrara. Las señoritas hijas del señor ingeniero me recibieron con epigramas y puyas. ¡Qué mi-

lagro! ¡Tanto tiempo sin ir a visitarlas! Ellas sospechaban que yo debía estar muy enfermo y, a lo que parece, no andaba muy bien... Estaba muy delgado, bastante pálido... ¿Estaría enamorado? ¡No! ¡Imposible! Yo era un escéptico, no creía en el amor, dudaba de las mujeres. Además, no había una joven en la República que fuera digna de mi talento... Pero, ¡y qué amable era yo de haberlas ido a visitar! ¡Y qué feliz casualidad la de encontrar allí a Marta! ¡A ella, que tampoco iba muy ameno que digamos!... Ellas estaban contentísimas de ese encuentro nuestro, pues que tanto habíamos simpatizado el día que nos conocimos...

Y todo esto lo decían con la sonrisa en los labios, llenos los ojos de burla, y el corazón, tal vez, de fastidio. Contestábalas, por mi parte, con medias palabras, casi sin atenderlas y pensando cómo haría para ocupar un sitio al lado de Marta.

Esta se veía asediada por Roraura. La de Verlara no la dejaba un instante y por dos veces, no sé con qué pretexto, pretendió llevársela a otra habitación. Por último encontré coyuntura de deslizarme hasta mi «dragona» y empecé el idilio.

Cierto es que fuimos bastante egoístas: casi no atendimos a las señoritas de Verlara que no nos perdían de vista, haciendo comentarios entre ellas é interrumpiéndonos cuantas veces se les ofrecía oportunidad. En una ocasión, a Roraura se le ocurrió que le explicara el mecanismo de la máquina neumática. A la *chica* se le había ocurrido darse unos atracones de física y deseaba que yo le diera unos datos. Casi estuve por decirle que si quería conocer dicha máquina podía muy bien consultar las físicas de Ganot y de Felit y Pérez; pero, abriendo un paréntesis en mi conversación con Marta, empecé a detallarle la neumática desde los émbolos hasta la campana. Por supuesto, si la *chica* no conocía el aparato debe de haberse quedado en ayunas...

Lo más gracioso del caso es que no me he divertido como esperaba. Mi conversación con Marta fué bastante fría. No he experimentado, junto a ella, el placer que experimenté días atrás en el baile de Herranz. Por más esfuerzos que hice, no pude mostrarme todo lo amable y rendido que me había propuesto estar. ¿Habrá notado ella este desamor? Si lo ha notado, debe atribuirlo a la presencia de las de Verlara. Pero, lo cierto es que nunca me he encontrado más indiferente al lado de mi *chica*.

¿Empezaré a aburrirme? ¡Jum! Me va pareciendo que no es cosa tan fácil fingir amor. Es tanto, muy tanto sacrificarse haciéndole la corte a una muchacha cuando no se obtienen, en compensación, sensaciones agradables. ¿Qué es lo que busco enamorando a Marta? Divertirme, hacer más llevadera mi vida, procurarme sensaciones, olvidar las negruras y tristezas de mi existencia. Y si no alcanzo esto, ¿a fin de qué voy a seguir estos amores? Sospecho que si seguimos así, señor sensorio, muy pronto vamos a clausurar esta campaña por el reino de Cupido...

26 de Diciembre.

En mi tertulia, gran discusión otra vez apropiada de Marta. Les conté a los muchachos mi visita de ayer, y el polvorín ardió.

Calzada está en sus trece y no le cede ni una pulgada de terreno a Bruno López. Éste no se ha mostrado el orador de noches atrás y le dejó decir al otro todo lo que quiso decir, sin citarle,

más de un par de veces, á Darwin. Llanos fué el que intervino esta vez en el debate, y charló él solo por diez. Hoy, fui yo el encargado de defenderme, y cumplo con declarar que no lo he hecho muy bien. La lógica terrible de Llanos fué desmenuzando todos los argumentos que expuse. Sin predicarme moral ni dar grandes patos por el campo filosófico, me demostró que mi «dragoneo» era una tontería y que por él no lograría la dicha ambicionada.

—En amor, no basta engañar ni ser engañado,—decía Llanos,—para lograr el fin que V. busca, lo primordial es que V. se engañe á sí mismo. ¿Hablo claro? Porque vea V. ¿Qué es lo que desea? Borrar su negro spleen, viviendo en un paraíso de idealidades, me parece. Bueno. Pues, para lograr sumirme en ese sueño, base de toda su dicha, es necesario destruir el yo, ó, por lo menos, olvidarlo. Así, olvidándose V. de sí mismo, y de los medios que emplea, y de las ideas que le guían, es como logrará V. soñar despierto. Un ejemplito hará más claro lo que digo. Supongamos que V., Velarde, va al teatro. Se da una obra cualquiera. ¿Cómo experimenta V. la emoción estética? Por la realidad de los cuadros y personajes que percibe por medio de sus sentidos. V. vive la historia que el autor de la obra le cuenta. V. no ve á un hombre que trabaja para cobrar dinero, sino al personaje que ha creado el escritor. V. no se acuerda de que está en el teatro, sino de que vive en el medio á que ha querido conducirlo el mismo escritor. En fin, V. no ve que aquellos palacios ó bosques son telas y bastidores y bambalinas malamente pintarrajeadas, sino que experimenta la sensación de que todo aquello es lo real. Pero supóngase V. que se pone á considerar que el que hace de rey, ó lo que fuere, es un pobre cómico afeitado, muy feo y muy pobre que vió días atrás en la puerta de un hotel y al que V. desnuda de sus atavíos de orope; supóngase luego que V. considera que está muy cómodo en la butaca y que lo que sucede en la escena es ficticio y que, por lo tanto, no debe impresionarse por un pasaje altamente dramático en que peli-gra la vida ó el honor de un hombre, y suponga V., en fin, que V. conoce perfectamente los tícuís mignis de entre bastidores, y cómo se preparan los efectos escénicos, etc., etc. ¿Sentirá V. la emoción estética de la dramática? ¡Claro que no! Para experimentarla, es necesario que V. olvide todas esas realidades, hasta su mismo yo, y que viva la vida del drama que se representa. Pues bien, apliqué V. ahora el caso. ¿Cómo va V. ahora á disfrutar de los goces del amor si V. al entregarse á él, está pensando en que dicho amor no existe y en que V. no quiere á la fulana Marta? ¿Cómo vivir en un ensueño si V. se encuentra despierto, muy bien despierto? ¿Cómo sentir sensaciones agradables si V. está pensando en sus sensaciones actuales que no lo son?—Por otra parte, amigo mío, V. no ignora que en las sensaciones de placer hay un gran elemento: lo imprevisto. ¿Cuándo es mayor el goce? Cuando se le espera ó cuando él surge espontánea y bruscamente? Si V. no aguarda una dicha y ésta se le presenta de pronto, la sensación es tanto mayor cuanto ella no era sospechada. Es verdad que hay un cierto placer en pensar en el goce que esperamos lograr; pero, al obtenerlo, la impresión está algo gastada. Por lo contrario, cuando los nervios sensoriales son agitados de repente por un placer inesperado, disponen de toda su fuerza activa y vibran con toda su in-

tensidad. Otro ejemplo. V. espera á una cita á una mujer amada: cuando llega, es corriente que experimente un gran placer. Pero vamos al caso contrario. V. desea encontrarse en las mismas condiciones, solo, etc., con esa mujer querida, pero no encuentra medio alguno. Pero, andando de cacería una buena tarde, se da V. de manos á boca, en un claro del bosque, con ella. La sorpresa, lo imprevisto del encuentro acrecientan su sensación de placer. ¿Y por qué lo imprevisto tiene este extraordinario de aumentar las sensaciones de placer? Sencillamente: porque el sujeto de ellas no ha puesto nada de su parte para lograrlas. Conque, ¿vos vamos enterando?

Esto dijo, sobre poco más ó menos, el amigo Llanos, con muchas otras consideraciones particulares respecto á Marta, por todo lo cual me he quedado pensativo. La verdad es que sólo así puedo explicarme que yo, al cortejar á Marta, no experimenté toda la dicha que me había soñado. Pero, entonces, ¿qué hacer?

¡Ah! la eterna pregunta, el enigma eterno! ¿Qué hacer? Lo mismo ó que me preguntaba hace quince ó veinte días... ¿Estaré, por desgracia, condenado á no ser feliz en esta vida?

Hoy no he pasado por la casa de Marta, no la he visto, y sin embargo no siento tristeza alguna. No, no la quiero; está visto. Me es perfectamente indiferente. Hasta me parece que he encontrado cierta alegría en hacerle esta «rabona». ¿Qué habrá dicho? ¿Qué habrá pensado? ¿Se habrá entristecido? ¡Pse! Si será vanidoso....

¡Vamos! Y si mañana tampoco fuera á verla... Casi me seduce la idea; no siento necesidad de verla; ni una sombra de pesar despierta en mí esta ausencia.... ¿Qué pierdo con hacer el experimento? Lo dicho: mañana tampoco iré á «planarle la vida». Ya veremos por la noche lo que señala el barómetro.

27 de Diciembre.

He cumplido mi palabra: no he ido á ver á Marta; y en cuanto á mi estado, requetebién. Vuelvo del teatro, donde me he divertido bastante con la compañía de zarzuela, y, durante toda la noche, no me he acordado de la «fulana.» Voy á dormir.

28 de Diciembre.

He ido á ver á Marta, y me esperó con una cara como la que deben tener los poetas turcos cuando no les sale un verso. ¡Qué enojo, virgen de los acongojados! Contestó á mi saludo con un imperceptible movimiento de cabeza, los labios fruncidos, la mirada dura como diamante, el gesto displicente. Así debía recibir Cleopatra á Marco-Antonio cuando éste se negaba á llevarla á la Ópera.... (¡Que Tito Livio me perdona!) ¡Qué gesto! ¡Qué ademán de reina ofendida! ¡Y qué hermosa estaba por otra parte! He notado que esta Marta cuando está contenta no es tan linda como cuando se disgusta. Al reírse, se contraen sus músculos faciales de un modo tan infeliz, que pone un gesto avinagrado, feísimo, contrayendo la boca y las cejas como si fuera á llorar. En cambio, cuando está seria, ó se enoja, se extiende por todas sus facciones una majestad olímpica, una serenidad de diosa. Entonces es bella de verdad, y las líneas de su rostro adquieren una perfección y tirantez dignas de la estatuaría griega. Sus ojos negrísimo, despidiendo rayos al través de las sombras misteriosas que arrojan sus pestañas, tienen todo el fuego sagrado de las mujeres pompeyanas. Y en su frente tersa y pálida de altiva reina eno-

jada, parece que cruzaran reflejos de guerra antigua. Propóngome pelirle que se esté siempre así, resentida.

Na ha dejado de llenarme de satisfacción el recibimiento que me hizo Marta. Por lo pronto, él me demuestra que la *chica* se interesa por mí y que se ha ofendido por mi ausencia inmóvil. Si yo le fuera indiferente; si ella no me quisiera, no tenía por qué demostrarme su enojo. ¡Y cuidado que éste fué mayúsculo! En vano pasaba y repasaba por frente á su puerta. Estaba en sus trece de no salir á ella, y parecía no desear mis disculpas. Yo llevaba mi historia preparada: un reportaje urgentísimo acerca del suceso político que es la comidilla del día (cambio de Ministerio). Pero Marta no salió ni salió. ¡Me gusta este carácter! Ya tenemos un punto de contacto.

Estoy pensando en que si el día 25, cuando mi visita á la quinta de Verlara, me fastidié solemnemente no es porque la de Ferrara no pueda darme sensaciones de placer, pues que hoy las he experimentado. Sin duda alguna, aquel día andaba yo de mal humor, y mi desencanto no tuvo otro origen.

Hoy, por ejemplo, con una simpleza me he sentido feliz. Alejándome de la casa de Marta, mientras caminaba hacia la Giralda para reunirme á Llanos que me esperaba allí, pensaba en el enojo de Marta, y un secreto alborozo, una dulcísima satisfacción vanidosa, de orgullo satisfecho, inundaba mi corazón. En un minuto supremo, tuve la clara idea de que Marta me quería de verdad, que su amor no era fingido. ¿Cómo descendió á mi espíritu esta persuasión? No lo sé. Ella se me impuso repentinamente, con toda la violencia con que la verdad salta de pronto á nuestro intelecto. Fué una luz vivida que serpenteó en mi cerebro rápidamente,—á la manera que se enciende y corre el fuego en un pequeño reguero de pólvora,—llenándose el pecho con su calorillo suave y placentero. Después se borró instantáneamente, dejándome á oscuras, sin entender nada, sin explicarme qué razones tenía para haber obtenido ese convencimiento; pero la impresión agradable había ya sacudido todo mi ser, y las células más recónditas vibraban simpáticamente produciéndome una calma y una alegría serenas.

Y siempre la misma duda asaltó mi cerebro. ¿Estaría enamorado de Marta sin saberlo? ¿Aquella impresión misteriosa no sería el primer relámpago de mi amor? Héctor Llanos, á quien le contaba el caso y mis dudas, estuvo filosofando una hora entera. Pero yo no lo oía. Mi pensamiento íbase detrás de la imagen de Marta; después saltaba á mí mismo para estudiar mi corazón, y tan sólo, por intervalos, oía la voz de Llanos que pronunciaba nombres ó frases para mí sin sentido.... fisiología de las pasiones... Dumont.... la sensibilidad... dice Letourneau.... V. está enfermo.... sed de idealidades.... ¡qué sé yo! una música extraña, un rumor vago, el eco de algo ignorado, que llegaba á mis oídos sin lograr metérsese en el cerebro.

La verdad que es la primera vez que me acontece semejante cosa. ¡Yaya una distracción más brutal! Juro por mi honor que no recuerdo nada de lo que me dijo Llanos. Tenía los ojos fijos en él y sin embargo no le oía. Él debe haberlo notado al cabo porque se levantó de pronto, pagó al mozo y me invitó á salir. Aquello me arrancó de mi ensueño, y me levanté á m-

vez sin concluir el *vermouth*. Llanos no me dijo una palabra de mi distracción.

Pero esta noche, en la tertulia (como llamamos las reuniones nocturnas en mi casa), expúsole á Mena que yo estaba enamorado. Quise protestar, pero él se mostró inflexible. Lo que había, según él, es que yo mismo no me daba exacta cuenta de ello. Mena asentía á todo, con lentos movimientos de cabeza.

Conque ¿será cierto que estoy enamorado? Me examino detenidamente y no encuentro síntomas de ello. Ni aun se me ha ocurrido imaginar el placer que experimentaría besando los labios de Marta. No pienso en ella más que por incidencia; su imagen no me obsesiona; su nombre no me conmueve; permanezco indiferente con su presencia. Todo lo más que descubro, es que mi vanidad se encuentra halagada al tener yo una mujer que piensa en mí y que tal vez me quiere.... Hay que confesar que es esto bien poco.

Pero, ¿y mi distracción de esta tarde? Racionalmente imparcialmente sobre ella.... y no encuentro la causa.... De lo que estoy seguro, seguramente, es que ella no era motivada por Marta.

Ahora mismo hago esfuerzos para descubrir algún detalle revelador. Imaginome que Marta me da escalabazas, que atiende á otro hombre que se burla de mí, que se ha muerto... y nada. Mi corazón queda insensible. Mi sensorio permanece quieto. Ni una nube ensombrece mi pensamiento. Si algo de aquello sucediera, me estaría indiferente: lo sé, lo siento, lo advino. Analizo mis impresiones y no encuentro otra cosa que simpatía,—una simpatía sutilísima, imponderable, inexacta, que puede desvanecerse á la menor conmoción,—hacia esa pobre Marta. La estoy engañando y..... ni aun siento remordimientos.

(Continuará.)

¡LAS CINCO!

Una! .. dos! .. tres! .. cuatro! .. cinco! .. ¡Las cinco!... La hora en que me espera. Pero, ¿quién me espera á esta hora que no recuerdo?... ¡Ah! ya caigo... No, no caigo. Es decir, estoy cayendo de puro sueño... (Pausa). Una cita!... ¿Quién es el valiente que acude á una cita con este sueño y este frío polar?... No, por la memoria de Tartarín y de todos los alpinistas del *Rig Kilm*, aunque este tal sea la misma encarnadura y alma de Carlos Luna, el más digno calaverón de los mozalbetes... Apuesto á que me dicho algún disparate... Sí, lo de siempre: en bebiendo un poquillo, uno se convierte en cubo... de disparates... ¡Una cita á las cinco!... Vaya, vaya!... La culpa de todo la tiene ese Ernesto del demonio, con su empeño de presentarme en lo de esas señoras. Vaya! á dormir, y eso de la cita que espere á mejor oportunidad... ¡Oh! qué gran placer es el de dormir!... Y ¡qué invención la de la cama y la de la cerveza! ¿Quién fuera el inventor!

Se oyó el crujido de la cama al recibir la mole de un cuerpo, el chillido tenue pro-

ducido por la laringe al ensancharse con el bostezo, y... luego, silencio perfecto.

No era mala tuna la que había corrido aquella noche.

..

Carlos Luna era un chico singular que se había dado al amor, á la literatura y á las monas. Nadie como él escribía un artículo con más gracia taboadesca, ni se achispaba mejor, ni hacía una declaración de amor con más maestría. En cuanto á poesía no tenía rival para hacer sonetos á cuál más descabellado y odas y poemas que dejaban en ruinas á la literatura.—¡Qué chico versudo! exclamaban sus amigos, otros que tales, enemigos declarados de las musas; pero todos, más ó menos, con sus ribetes y puntas de literatos.

Desgraciado con las musas, era afortunado en el amor.

En conclusión, Carlos era un guapo chico muy superficial en todas sus cosas: el tipo original de lo que llamamos un buen mozo, de carácter frívolo, costumbres libres y charla jovial y graciosa.

Tenía su manera especial de clavar en el rostro de las chicas su mirada fina y acerada como una hoja toledana, acompañándola con un encogimiento de hombros y retorciendo á dúo los extremos de su bigotazo casi rubio, lo cual, unido al conjunto simpático de su persona, le daba aspecto de Tenorio, ante el que no había resistencia posible entre doncellas y casadas.

Al presente se hallaba en el número trece de sus conquistas: ella se llama Sara y habíase conocido en un baile. Al punto simpatizaron: él dedicó algunos sonetos y madrigales de su cosecha, ella algunos suspiros y frases de esperanza, y su mutuo amor se hizo fuerte como si tuviera muchos años de nacido.

Pero siempre ha de existir un *pero* en tales pasiones, y este *pero* que rompía la ventura de sus idilios era el marido de Sara: Un toro en forma de hombre, con más puños que un gigante y más fuerzas que un hércules...

Felizmente para los enamorados, el esposo se encontraba actualmente en viaje.

—Lo mataré!.. había jurado á su dama el audaz galán en sus arrebatos de amor, aunque más tarde, arrepetido de sus bravatas, se hacía las más tristes reflexiones...

Una noche Sara, entre espasmos de dolor y llantos de Magdalena, le anunció el retorno del marido.

Se armó la bronca. Protestó ella; exigió él; dióse lectura de algunos versos de pie quebrado y de sentido gramatical más quebrado aún, y la gresca amorosa concluyó al fin, quedando concertado que Sara le otorgaría á Carlos una cita en el jardín á las cinco de la mañana de aquella misma noche.....

Carlos, al retirarse ebrio de gozo, lleno su corazón con la felicidad futura y su mente con las más lisonjeras escenas de amor, tropezó con uno, de cuyo choque surgieron estas exclamaciones simultáneas:

—¡Carlos!..

—¡Ernesto!

—Tú por aquí!..

—Sí, y tú también!..

—¿Adónde vas?...!

—Yo no sé; ¿y tú?

—Pchs, donde tú vayas!..

—¡Andiamo!

Y partieron abrazados, hablando fuerte y soltando enormes y fuertes carcajadas que revelaban su excelente humor....

..

Una! .. dos! .. tres! .. cuatro! .. cinco! .. ¡Las cinco!... Y Sara me estará esperando!.. ¡Demonio! ¿cómo diablos he dormido tanto?... ¡José! .. ¡José! .. Pero ¡bruto entre los brutos! ¿por qué no me has despertado antes?... ¡Ah! sí, á las cinco!.. Bueno, largo de aquí, animal!... ¡Basta! déjate de filosofías y gallegadas... ¡U! qué fría está el agua... Y qué buena estaba la cama!... ¿Qué lío es éste?... ¡Qué batahola de ropa! ¿Qué sé yo! Estoy de prisa y no tengo tiempo para pensar en nada... ¡Por fin! se realizarán mis anhelos desde que conozco á esa mujer encantadora que me tiene destrozado el corazón... ¡Me pondré la corbata blanca!.. Natural... Sí, es de rigor en tales casos!.. Apelo al testimonio de Ernesto... ¡U! qué paliducho estoy... Es claro, la emoción, la nerviosidad... ¿Quién diría, ¡eh! que dentro de poco seré hombre feliz, archifeliz?... ¡Saría del alma mía! Pero, ¿dónde habré metido mis puños?... ¡Vaya! que se los metería de buena gana por las narices al oso de su marido en cuanto llegara... ¡Pobrecita! y ella me quiere mucho, ¡me lo ha jurado tanto!... Pero, ¿á qué hora me acostaría anoche?... ¡Res! sólo sé que si por fortuna no me despierto, lo que es José me deja dormir hasta la hora del juicio final... ¡Fíese usted de los criados!.. ¿Cómo se me cae el pelo!... Francamente, esto me entristece un poquito... Pero qué manera de achisparnos!... ¡Por fin! yo estoy listo... mi bastón, mis guantes y... abur...

Y Carlos Luna sale á la calle silbando... ¡Sorpresa inaudita!... Anoche!... La calle estaba llena de gente que se atropellaba en su marcha apresurada y los faroles todos encendidos, medio velados por la espesa neblina de una tarde fría y lluviosa, como lo son á menudo las tardes del mes de junio...

Carl's sacó el reloj, y miró...

Eran las cinco... ¡Las cinco de la tarde!

PEDRO C. MIRANDA.

MI AMOR

Mi amor fué nube de oro de un cielo abrigantado. La cítara en que á un ángel cantaba una ilusión; El hada que sonriente formó con mi pasado Un iris con matices de ensueños de pasión.

Fué un beso de luz verde chispeando en una rosa; Mirífica esperanza sobre una flor ideal; Divino paraíso donde una mariposa Volaba entre las notas de un himno celestial.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

PERJURIO

Juré un amor que el pecho no sentía,
mintió mi labio, blasfemó mi fe;
y su alma virginal, que se entreabría
como una flor al despertar el día,
con mi cariño falso envenenó.

Era tan linda la gentil doncella
como inocente y casta su pasión:
no luce en el azur más pura estrella,
ni brota en el pensil rosa más bella,
ni forja ideal más alto la ilusión.

¿Por qué entonces mentí como un villano?
¿por qué hice traición á su querer?
¡Oh fermentido corazón humano!
Nacido de la tierra cual gusano,
como él te portas siempre y por ¿o quier!

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

ZEBEDEO

[Conclusión]

III

Un día Zebedeo no se levantó.

Había pasado la hora en que dejaba el lecho cada mañana, sin advertirlo, inconsciente, con el rostro demacrado y los párpados que se apretaban tanto que parecían pugnar por cerrarse para siempre, y recién después de haber transcurrido todo un medio mes, la ciencia, consultada y aplicada cotidianamente por los más eminentes médicos de la ciudad, consiguió despertarle de su letargo. Pero entonces costó mucho trabajo hacerle comprender que aquello no había sido el sueño acostumbrado de una noche, sino la fiebre de quince días de grave enfermedad.

Tan lejos de dicha suposición se encontraba, que cuando se le anunció el peligro que había corrido tuvo una mirada de compasivo desdén para los circunstantes, y no pudo reprimir en su pálido rostro de viejo enfermo una sonrisa inocentemente maliciosa que parecía decir: «¡qué ingenuos sois! ¡cómo se advierte al otros que no sabéis que á mí no se me deja enfermar, que yo no puedo perder la salud! y en seguida pensó en Dios, y poniéndose de pronto serio, bajó los párpados, y en actitud humilde, sin recordar ya á los que le rodeaban, se persignó con unción y rapidez automáticas.

Entonces se volvió á ver allá en el fondo de sus ojos hundidos aquella llama de triunfo de sus mejores días, y sólo cuando, persistiendo en su creencia de que se hallaba sano, al intentar sentarse en el lecho para vestirse y levantarse, le faltaron las fuerzas, haciendo caer pesadamente su encanecida cabeza sobre las almohadas, se dió cuenta de la realidad, y entonces, con los ojos tristemente abiertos por el espanto, miró con lentitud á los que le rodeaban y exhaló de su pecho, entre un profundo suspiro, un «¡ay!» débil, prolongado, y tan lle-

no de desconsuelo que hizo prorrumpir en llanto á los miembros de su familia que le observaban, y renovó los temores de los facultativos que le asistían. Después sus párpados se plegaron nuevamente y durante cuatro días volvió á inspirar desconfianzas su vida.

Recién entonces empezó la convalecencia lenta y trabajosa, pero franca, y que aunque permitió garantizar que por aquella vez aun salvaba, la demoraba y extendía la falta de fe en la mejoría que se había llevado su entereza moral quebrada para siempre.

Junto con la salud y la conciencia de la verdad, volvía la reflexión, la triste reflexión, que no tiene predilecciones ni perdona á nadie, la reflexión que le hacía pensar á cada rato en todo el significado de su desgracia irreparable.

«¡Conque, entonces la ciencia había tenido razón una vez! ¡conque él, con su fe, corría iguales riesgos que los impíos! ¡conque podía acabarse al igual de todos!», y la idea del fin lo torturaba á toda hora: le amargaba la vida de la vigilia y le amargaba la vida en sueños, cuando postrado por su debilidad física y por la fatiga de su reflexión caía cada noche en el sueño cual en un refugio, contra la persecución inexorable de la atormentadora percepción de la verdad.

Desde entonces, poco á poco, gradualmente, sin advertirlo, se fué preocupando intensamente de todos los síntomas de su mal, lo consultó á todos los médicos, lo estudió en los libros, y fué sustituyendo en sí la higiene de su alma por los cuidados de su cuerpo, olvidando lo que hasta entonces había creído sus deberes espirituales, y consagrándose al combate de su enfermedad. Á veces le parecía injusto que su Dios considerara con indiferencia tanto á los *fieles* como á los que no creían.

Con frecuencia, sin quererlo, se sentía descontento por ello.

Algún tiempo después de haber dejado el lecho, los médicos — á quienes ahora obedecía ciegamente, y que buscaban su distracción — le aconsejaron pasar una temporada en el campo, y entonces se fué á vivir con la cariñosa familia de un hijo suyo que recién se había instalado en una casa de campo donde pensaba reparar en una primavera y un verano de vida el agostamiento que en su débil naturaleza habían causado los dolorosos estudios que durante varios años y casi sin que su padre lo advirtiera le habían dado un título facultativo; muchacho de talento, instruido, y con fama de extrema honradez, que, por hábito, no perdía ocasión de hacer resaltar ante sus amigos y clientes los actos indecorosos — convenientemente comentados — que la opinión, más ó menos mercedamente, atribuía á cualquiera de sus colegas.

Allí repartía su vida entre la lectura y el ejercicio, conforme á la prescripción médica; sólo que como la biblioteca que su hijo había llevado hasta su retiro no contenía más que las obras que precisó aprender

para graduarse y la colección de las del jefe del naturalismo francés, careciendo absolutamente de libros religiosos, y como en su larga vida de devoto había adquirido el hábito de pasar el tiempo con el rostro continuamente allegado á la página de los libros, poco á poco y distraídamente fué leyendo los viejos textos que había necesitado su hijo cuando estudiaba preparatorios. Y ¡suceso notable! ahora ya había desaparecido aquel extraño embrutecimiento que le dominaba siempre que se entregaba á lecturas profanas, y, al contrario, se pasaba todas las horas de la mañana embebido, sin apercibirse de ello, y con una atención febril, en la explicación que le daba la ciencia del génesis cósmico, del hombre, y hasta de Dios; absorto en lecturas de cosmografía, fisiología, psicología, teodicea; en el conocimiento de las teorías y leyes que demuestran la evolución, la herencia, etc.

Para la noche, también obedeciendo á una costumbre ineludible que no lo dejaba conciliar el sueño hasta haber dedicado una hora á la lectura, había buscado el entretenimiento recreativo de las novelas; pero como sólo había encontrado la serie de las que forman la historia de los «Rougon-Macquart» y la última del mismo autor, «*Loures*», que fué por la que empezó, el espectáculo que ellas le ofrecieron de una vasta porción de la vida humana le produjeron una impresión honda que le sacudió con la aspereza de su verdad y le ofreció una lección de experiencia que como no había conocido hasta entonces desarraigó de su naturaleza trastornada en su decadencia por la llegada de la luz de la razón, los últimos resabios de su pasado.

Así, pues, pasados los meses del invierno que había empezado aquella existencia nueva, sus lecturas, su vida en el seno de la naturaleza, y la meditación libre, sana y continua de aquéllas, le habían cambiado á tal punto, que sin que hubiera desaparecido su egoísmo, hacía una vida tan seriamente preocupada, que pensaba sólo de tarde en tarde en su enfermedad pasada, y casi no recordaba ya su aflicta vejez, y cuando entre las caricias que prodigaba gozoso á sus nietecillos y respirando el puro aire de los paseos en su risueña y bulliciosa compañía, le alcanzaran los primeros días de la primavera, no obstante la expresión de desaliento y postración que había desparado por su rostro el tranquilo desfallecimiento de su espíritu depurado de toda ilusión, se sintió rejuvenecer gradualmente, lleno de vigores que le movían con agilidad, con ansias indefinidas, y momentos de olvido que le traían entusiasmos de otra edad.

Pero aquello sólo era un fuego fatuo, era un vigor falso, faltaba combustible para alimentar aquella llamarada que oscilaba con el último más intenso brillo de un incendio que concluye: la tristeza lo acababa, la tristeza que volvía siempre tras de cada distracción, tenaz y porfiada, traída por el sentimiento de que ahora no era invulnerable y que el fin lo esperaba; por aquella idea, fría como el recuerdo de una sentencia ineludible, que desde el paramo de su cerebro venía á soplar como una racha glacial, apa-

gando la última llama que irradiaba el calor de la vida desde la única fibra que todavía ardía en su corazón quemado.

..

Una tarde, pasada ya la convalecencia y completamente restablecido, leía el último episodio de la historia de los «Rougon-Macquart», cuando al terminar el capítulo en que Pascal da a Clotilde aquella lección de vida en que hace desfilar á todas las generaciones del viejo árbol de su familia, fatigado por la prolongada atención que ya empezaba á no poder soportar sino por breves momentos alternados con largos descansos, alzó los ojos empañados, fijándolos, aletargado, en la campiña vasta y dilatada que, llena de colores, brillos, movimientos y ruidos, se extendía ante su vista; y atraído por aquel alegre aspecto de fiesta con que se le brindaba natura ataviada con sus mejores galas, distraídamente abandonó el sillón en que estaba, arrojó á un lado el libro doblando antes la hoja en que leía, é insensiblemente se encaminó hacia la verde espesura que, rumorosa y brillante, parecía salir á su encuentro con risas y destellos.

Á la luz, que como una niebla dorada desparramaba en la tranquilidad embriagadora de aquella tarde de octubre el sol aproximándose al ocaso, la naturaleza aparecía delante de la mirada espantada del anciano como un estuche hasta entonces lleno de misterios y recién abierto, y penetrado por una claridad indiscreta que le dejaba percibir su verdad última, y única satisfactoria.

Caminaba despacio con su paso temblón, y de trecho en trecho se detenía fatigado por la emoción que le causaba el espectáculo de todo aquel hervor de vida que parecía manar de la tierra y subir en la savia de los vegetales hasta derramarse sobre sus últimos ramajes en una erupción de pequeñas y tiernas hojillas que estremecían la pálida traslucidez de su juventud junto á la arrugada opacidad de las que sacudían con tristes ruidos sus esqueletos marchitos, despertar en los organismos animales el amor con que la naturaleza—que ve con indiferencia la poca ó mucha duración de la vida del individuo, pues sólo le interesa la conservación de la especie—previene y asegura el reemplazo de los muertos; y estallar á sus plantas en los crujidos de las yerbas que se enredaban á sus piernas pesadas, impidiéndole caminar, como si hubieran deseado retenerle entre sus tónicos efluvios.

De pronto, prolongó más de lo que lo había hecho hasta entonces una de estas detenciones de su marcha, y respirando á pleno pulmón toda aquella emanación de vida que se desprendía de cuanto le rodeaba como para envolverle en el cálido ambiente de la función de todas sus energías, se volvió para contemplar lo andado, y al dar frente al sol que bañaba la tierra con una luz de incendio, quedó repentinamente deslumbrado, y entonces, haciendo sombra á sus ojos con la mano, vió al mundo como al través de un humo de oro, entre el cual volaban los pajarillos construyendo los nidos de sus amores, se alzaba el canto de los

insectos bajo el musgo de los sitios más húmedos, y resplandecía como el diamante el polen en las anteras.

«¡Qué hermoso! ¡Cuánta vida!» exclamó sin poder contener el entusiasta asombro que se desbordaba de su alma herida como por un rayo de dicha, por la noción verdadera del mundo que percibía, y volvió á emprender su marcha que espantaba las aves y le llenaba de alegría.

¿Adónde iba? ¿Qué buscaba? Sólo sabía que iba empujado por una fuerza irresistible que lo arrojaba sin cesar hacia adelante y parecía hablarle allá dentro del oído, cual para que nadie lo oyera más que él: «¿Ves? Esa es la vida.»

Caminó mucho, y cuando el sol se hubo perdido tras del horizonte y levantando sus rayos del suelo llenó como con una sola llama el cielo que empezaba á ponerse negro en el Oriente, pensó en volver á su morada satisfecho de su paseo; pero en vez de hacerlo por donde había venido, se le ocurrió pasar por el vecino caserío que había dejado á un lado en su alegre correría.

Anochece, y entre el polvo de aquel camino entristecido por las sombras que le ennegrecían, daba pesadamente sus pasos cortos el anciano, cuando de pronto llegó hasta él, velado por los vagos rumores del morir del día, el eco vibrante de un beso cargado de ardor. Volvióse entonces, y advirtió confusamente, entre la obscuridad de aquella hora, á dos jóvenes que al notar aquella impresión de su caricia no pudieron contener una carcajada límpida y sonora que trastornó su cabeza y le llenó de confusión. No pudo comprender claramente lo que le sucedía: sólo sintió algo así como una cinta candente que se le ceñía á su cráneo, y en tanto que se quejaba por un dolor que no hubiera podido señalar, volvió á oír aquella voz de la tarde que le repetía otra vez: «¿Ves? Esa es la vida.»

Entonces, horriblemente entristecido, se arrepintió de no haber vuelto por el hermoso sendero que le había hecho tanto bien un rato antes, y perdida la noción del tiempo y la conciencia del sitio en que se encontraba, calenturiento y dando traspiés como un beodo, continuó su camino poseído otra vez por aquella clarividencia que ya en la mitad de otro día de su vida le había hecho desgraciado; sólo que ahora era más intensa y revelaba más; ya él lo sabía todo y ella era más cruel.

Y, como había sucedido entonces, ahora se preguntaba nuevamente: «¿cómo había sido posible aquello? ¿cómo no se había apercibido antes, de que hacía la vida más desgraciada? ¿por qué nunca había pensado en abandonarla y en tomar un poco de la dicha que veía pasar al alcance de su mano, para disfrutarla como cualquier otro?»

Volvió á pensar en aquel pasado tan triste, tan triste y frío que no había dejado ni un recuerdo de esos que detienen con su calor el enfriamiento de la vida; aquel pasado hecho de días iguales, ocupado todo por una vida puramente vegetativa: en la infancia, cuando trabajaba, rezando en vísperas, en los nocturnos de los maitines, en laudes, sano ó enfermo, en todo momento, en cualquier sitio, triste ó contento, siem-

pre empleado por una duración automática, interesado en móviles nunca razonados, constantemente adoptados como objetivos de sus afanes sólo por la imposición de un hábito adquirido inconscientemente, ó impuestos más ó menos astutamente por el egoísmo ajeno para su particular interés; aquel pasado, en fin, que no se atrevía á llamar vida, porque en vez de emplearle en su dicha, le había usado en la fatiga de prácticas usualizadas por la irreflexión.

Y se repitió mentalmente la misma pregunta: «¿cómo había podido pasar el tiempo sin meditar acerca de lo que había y sucedía en torno suyo? ¿por qué aquellos afanes sin razón? ¿por qué había trabajado para obtener más de lo necesario? ¿para qué había rezado?»

«Pero, ni un recuerdo! ¡Todo idéntico! Por infancia, por trabajos, por negocios, por su salud, por Dios: siempre gastando la vida irracionalmente, siempre se veía igual, despreciable, á veces tanto que se tenía lástima, como cuando recordaba su necia vanidad porque iba ascendiendo en los empleos del almacén en que trabajaba para provecho de otro, y en algunas de aquellas ilusiones hasta se tenía repugnancia: sobre todo, cuando se contemplaba en el período más largo de su vida, queriendo, por temor á la muerte y sin atreverse á confesárselo á sí mismo, engañar á su Dios diciendo que le amaba y haciendo creer que vivía para él, pero en realidad pensando sólo burlarle, con la secreta esperanza de hacerle interesar incautamente en su salud, por agradecimiento. Y en la asociación continuada de sus ideas, recordaba que hasta había tenido momentos en que fútila, sinceramente, se había propuesto ser bueno, quererle bien, y vivir únicamente para su buen Dios, pues había legado á suponerle dispuesto ya á darle toda la vida, para siempre, como él sólo la tenía.

Y cómo se burlaba ahora de aquella hipocresía de los libros de religión cuando hablaban de tiempos en que los Patriarcas, los Profetas, los varones y las mujeres más deseosas de la virginidad, cometían el sacrificio de renunciaria, procurándose sucesión sólo por la esperanza de que de su descendencia naciera el Redentor prometido, en medio á la aspiración general de ser sus progenitores y de los esfuerzos que para ello todos realizaban durante los cuatro mil años que habían precedido á su nacimiento!

Y cuánta compasión sentía, cuánta sincera compasión, cuando veía destacarse de este cuadro de generación humana, de esta labor robusta de la vida por la vida, como un símbolo de martirio, irritante, la virginidad atribuida por la mala fe que la enseñaba como un ejemplo, á Josué, Elías, Eliseo, Jeremías, María profetisa y demás víctimas que veía citar por la explotación contemporánea del milagro, como «los pregoneros de los futuros triunfos de aquella virtud!»

En cambio, se sentía dominado por ternura infinita ante la cálida visión de todos los amores bíblicos. Siquem robando á Dina, la bella hija de Jacob; el rey David y Betsabé, la mujer de Urías Hetco; Susana despertando la lujuria de los viejos en un jardín de Babilonia: todos, todos los amores que ha-

bía visto condenados en los «Libros Santos», pasaban con un eflavio tónico, desfilaban derramando la vida por su memoria excitada, y ¡con qué sincera y violenta cólera sentía en esos momentos, cual traídas por una potestad que se gozase en su tormento, llegar hasta sus labios temblorosos, con un sabor agrio y vómico, las entonces feas palabras de aquel anatema del *Santo Concilio de Trento*: «si alguien dijere que el estado de matrimonio se ha de anteponer al de virginidad ó soltería, y que no es mejor y más feliz permanecer en virginidad ó soltería que unirse en matrimonio, sea anatematizado, es decir: sea execrado, detestado y excomulgado!»

Después recordó la enfermedad, su desengaño durante aquella convalecencia que le hacía despertar de su existencia ciega y dormida mostrándole el aspecto verdadero de la vida en el desarrollo de su acción múltiple y vasta, sintiéndola en torno á sí, intensa, activa y varia, percibiendo su forma, conociendo su razón, comprendiendo su objeto; su lectura de aquella novela que analizaba el mi'agro, «*Lourdes*», seguida de una sensación de escepticismo hasta esa hora nunca sentida, de duda sincera, espontánea y bien intencionada, robustecida por las lecturas científicas á que más tarde había sentido apego; por último el paseo, aquel paseo maldito que ahora concluía y que después de haberle mostrado tanta vida sobre el mundo, iba á dejarle con la convicción de que tenía que irse en breve porque lo reclamaba la muerte para darle una tumba bajo de la superficie de la tierra donde todo concluía para siempre; y entonces, ante la noción de todo lo que había perdido, y comprendiendo la imposibilidad de rescatarlo con que lo desesperaban los años que le habían traído la edad de morir, pensó en la causa de su desgracia, buscó una culpa, algo que mereciera aquella triste preferencia, en su pasado ó en el de sus antecesores, pero sólo vió que ellos eran iguales á los de todos los hombres, y al no encontrarlo, preguntó sin saber en su desesperación á quien se dirigía, «¿si era el azar, acaso, quien causaba los destinos felices y los infortunados.»

Mas á esto sólo respondió la duda acerca de si los malos—aparte del juicio social—eran más desgraciados que los buenos; le estremeció un escalofrío, y sintió espontáneamente, sin pensarlo, mucho desprecio por todos los que se sentían satisfechos en el mundo por haber sido, como él, honrados, por haberse mortificado para que se les llamara sabios, fuertes, ricos, algunos hasta sólo para que se les llamara desgraciados y se les compadeciera, y penetró en su estancia, demudado, adusto, hosco, con la misma mirada de desconsuelo que aquella vez que le faltaron las fuerzas para sentarse en su lecho enfermo, y no salió de ella hasta cuando le llamaron de la mesa los pequeños á la hora de costumbre.

Durante la comida, aparte de su actitud retraída, la familia no notó nada de normal en él, y la mayor observación premeditada únicamente hubiera reparado en su aspecto extrañamente meditabundo, y en la frecuencia con que se escapaban de su pecho, cual

en la última concentración de todas sus viejas vitalidades, lentos, profundos y convulsivos suspiros que tenían una expresión insoportable de angustia.

Cuando llamado y nervioso dejó la mesa rodeada por las blondas y rientes cabecitas de sus siempre alegres y ruidosos nietecillos que varias veces le habían dado bromas por su obstinado silencio sin conseguir romper su glacial reserva, llevaba los ojos enrojecidos, y las arterias de sus sienas sacudidas por los golpes de sangre hirviendo con que parecían hacerlas estallar los latidos que la empujaban desde el corazón.

Así que entró en su dormitorio, apenas alumbrado por la triste poca luz de la luna que filtraba por el tejido follaje que trepaba el enrejado de la única ventana que tenía, y siempre agobiado por la misma porfiada preocupación, cerró automáticamente su puerta tras de sí, se sintió presa de un aniquilamiento repentino de todas sus energías físicas, que le hizo caer en una silla junto al lecho con un relajamiento tan intenso de los músculos, que le dejó lacio y frío, con la cabeza recostada sobre el pecho hundido, los brazos caídos, las piernas flojas y arrolladas, y respirando con un ruido, mezcla de ronquido y sollozo, de quejido y estertor.

* *

Con aquella misma postura, en actitud de caerse de la silla, la cabeza canosa volteada sobre el pecho, las manos violáceas, los ojos cerrados como en un sueño profundo y los labios contraídos por el dolor en una mueca de desesperación que dejaba ver los dientes y parecía una risa, fué encontrado á la mañana siguiente por los que abrieron la puerta, sorprendidos por el prolongado, silencioso y desacostumbrado encierro del anciano.

La callada inmovilidad de la muerte que entristecía aquella estancia húmeda, obscura y fría como una tumba, sólo era interrumpida por la última obra de su vida, y la única que demoraría un instante más su recuerdo entre los que quedaban: la cuerda del péndulo que medía el tiempo y seguía anunciando momentos de la eternidad,

JUAN A. ZUBILLAGA.

UN FINAL DE CARTA

Á Eduardo Ferreira.

«..... y si en cualquier momento de tu mísera existencia, necesitando agua para apagar la sed que te devorara, vinieras á solicitar de mi conmiseración un poco de ella, no sólo te la negaría, sino que impediría en todo cuanto me fuera posible que llegara á tus ardientes labios ni una sola gota, porque es muy dulce saborear los inefables goces de la venganza.»

Tal era el final de una *biliosa* carta que escribió el joven Carlos Montes á su ex-amigo Luis Delfort.

* *

Bajo el azul del cielo comenzaron á apa-

recer pequeñas nubes que semejabán tenuísimas telas de araña, vagando en la atmósfera al ser impulsadas por el viento; mezclábanse y se adherían las unas á las otras hasta que lograron formar una capa cenicienta é irregular, que no tardó en invadir el espacio desde el cenit al horizonte.

Por sobre ella ofanse lúgubres murmullos, lejanos redobles de tambor, repiqueos *históricos*, cual si un enjambre de abejas revolotearan, dándose de cabezadas, dentro de su colmena. Bruscos movimientos, rápidas cortaduras y desagregaciones inexplicables recorrían la extensión de las nubes como si inmensas arañas anduvieran enterando las patas en un cielo raso.

De pronto comenzaron á caer sobre la tierra infinidad de transparentes hilos que parecían lanzados por las elctricas de las arañas, formando un movable enrejado que pretendía quizá envolvernos como si fuéramos mosquillas insignificantes.

Los hilos al chocar contra el mármol del patio, á grandes cuadros blancos y negros, formaban cristalinis y diminutos *peones* que, al dar sus brinco, parecían removidos por oculta mano sobre un gran tablero de ajedrez.

Ruidos secos, como los que producen los sapos al hundirse en el agua de un pantano, remedaban las gotazas *descoloridas* de la cornisa, al rebotar contra los charcos del patio.

Yacían acurrucados y temblorosos de frío unos pobres pajaritos, sobre los sucios paillos de unas jaulas, que á pesar de lo despintado del maderamen y lo retorcido de los alambres, el indulgente y acomodaticio observador pudiera encontrarles cierto parecido á una fiambra.

Varias plantas rotas y raquíticas en unas descoloridas macetas, movían con languidez sus hojuelas al caer la lluvia sobre ellas, como accediendo resignadas al temporal que lanzaba *sus celos mal reprimidos* sobre esta tan hermosa tierra.

La puerta entreabierta dejaba que el agua se colase dentro de la estancia sin que el amo pusiera cuidado en cerrarla, permaneciendo distraídamente sentado cerca de la mesa.

La palidez de sus facciones, sus cabellos en desorden, el temblor convulsivo de todo su cuerpo y los semicírculos morados de los ojos demostraban un estado de desesperación muy grande ó que recién se hubiera levantado de la cama después de haber dormido una... *mala noche*. ¡Porque las grandes pasiones tienen muchas veces afinidades con las cosas más vulgares ó comunes de la humanidad! ¡He dicho un pensamiento ó una tontería? Guarda en tu mollera, oh! lector sensato, la contestación: en la duda abstente.

Era Luis Delfort.

La desgracia había hecho presa fácil en aquel sér. Primero la muerte de su mamá en el naufragio del Sud América; luego la fuga de su padre con una cantidad de dinero perteneciente á la caja del Banco L., del cual era tesorero, y por último el pobre Luis había obtenido la más honrosa y distinguida clasificación en el examen de Filosofía: *reprobado* por unanimidad.

¿Y ahora qué le importaba la vida?

Solo en el mundo; sin una madre que consolara sus aflicciones, sin un padre que atendiera las necesidades de su vida estudiantil; su nombre infamado y circulando en todos los diarios; reprobado en el examen por la estupidez de un examinador loco y tonto de capirote (la clase de los *animales* reprobados siempre encuentra culpable al examinador), que le había tenido un cuarto de hora en una sola pregunta (pluralícese esta palabra y antepóngasele esta otra: una infamia), que él no podía contestar por haberla olvidado en el preciso instante que tenía más necesidad de recordarla.

¿Qué le quedaba en el mundo? ¿Qué iba a ser de él? ¿Trabajar? No; trabaja el vulgo, la plebe. Los espíritus elevados *se elevan* sobre las miserias de esta vida. Sueñan, pasean, comen, se divierten, y luego, a soñar que pasean, comen y se divierten. Los pobres ganan su alimento con el sudor de su frente y el de su cuerpo, pero él, un tipo tan aristocrático, tan bien recibido, por su irreproachable vestir, en el seno de la sociedad ¡él! ¡manchar su fina camiseta de seda con la más infinitesimal molécula de un sudor evaporado? ¡Jamás!

Jamás! ... Todavía ese sudor que es debido a un *vertiginoso* vals, ennoblecce, pero el obtenido por un trabajo cualquiera, envilece y... ensucia.

Y como el mundo no le daría de comer ni diversiones ni sueños alegres, el único remedio a tanta desgracia. ya lo había encontrado.

La disertación en el examen de Filosofía había tratado del suicidio.

«El lo encontraba razonable.

¿Qué deberes tenía para un Dios hipotético y cuya existencia era negada desde el origen del hombre y que tan injustamente le maltrataba, dado que existiera?»

«Se le importaba un *mini* tostado de los demás hombres, que en vez de ayudarle en su desgracia, huían de él porque era el hijo de un ladrón.

«¿Y sus amigos? Buenos canallas eran los *tales* amigos! La historia de siempre: en la opulencia todos le rodeaban; ahora ni uno solo le acompañaba en su cruel soledad»

«¿Cuántas lágrimas había derramado al conocer tanta ingratitud! Ni un solo consuelo en su amargura! Eran ellos sus amigos los primeros en *pecharle* dinero, corbatas, etc. y ahora también los primeros en mirarle por sobre el hombro y con una sonrisa protectora de superioridad individual y social. ¡Ah! Porque había salido mal en el examen de una asignatura que la había aprendido en medio mes y de qué ellos ¡los sabios! se habían impregnado hasta la ropa exterior, desde el primer minuto del año, con la rutina del burro que da vueltas a la noria, hasta el último instante, antes de los exámenes.»

«Y ya juzgaban de la inteligencia de un joven, y por una reprobación extemporánea le clasificaban en el orden de los *perisodáctilos*, familia de los *Equidos*, y especie *Asinus*; por eso su indignación se derborda en impotentes oleajes, sus ojos se inyectaban y un sudor frío (no el del trabajo, pues éste es mucho más romántico) le invadía todo el cuerpo.

Muy grave para su porvenir era que le señalaran como el hijo de un ladrón.

Pero, se preguntaba: ¿era justo que sobre un hijo recayeran las faltas de sus padres?

Lo de salir reprobado era lo que le *reventaba*. Ya le había *pegado* una trompeadura a un tipo que con todo cinismo le había preguntado amablemente: «¿Cuánto costaba un *bombo*?»

Quería matarse. Sería una digna coronación a su desgracia. Última grande que no pudiera oír decir al rededor de su féretro: «¡Era un carácter este muchacho! Como le iba a *tapar* la boca a aquella sociedad que le expulsaba de su seno por culpas que él no tenía, y de aquellos cernicalos monos sabios de la Universidad, repletos de ciencia infusa, que un mes antes de los exámenes salían a la calle como las luciérnagas ocultando el poco brillo de su luz por la claridad del día, diciendo a cuantos encontraban con voz pausada y grave «que no sabían *nada*, que no habían estudiado *nada* por las *continuas* faras del año (el estar encerrado en una biblioteca toda la noche le llaman *farra*), las *continuas* diversiones (remontar una cometa en la azotea durante una hora), los *continuos* amores (la distinguida señorita de Reclupete que le esperaba una vez al día en el balcón de un tercer piso al ir él para la Universidad) y después de una pausa larga, como quien medita un caso gravísimo para la felicidad de la patria, y un ademán desesperado acompañado de un suspiro anémico y revoloteos de ojos decían: «¡Ché, *compadecéme*: *bombo* seguro!»; a ellos, los que sabían cuantos lentísimos de segundo emplea Marte en ponerse en *conjunción* con Venus; cuantas lentejuelas de cobre usaba en su peto el anarquista Espartaco cuando el asunto aquel de los gladiadores, y lo que dijo el oscuro soldado Fernández Mena en la heroica acción de las Chinchas negras, dos mil años antes de la era cristiana; pero que no sabían coserse un botón del chaleco (yo tampoco) ni escribir una carta a «Mi querido hermano ausente», que no sabía ordenar una tontería a la sirvienta de la casa sin ruborizarse y estremecerse todo y que trataban de *señorita* a cualquiera camarera... de café. ¡Vaya con los hombres nuevos! ¡Daba rabia! Y sus dedos buscaban ansiosos una vieja pistola que estaba sobre la mesa. Pero aquella muerte era demasiado brusca. Cerraba los ojos y se veía tendido en una cama, con la palidez mortal en el rostro, la boca entreabierto, los ojos, aquellos ojos idénticos a los de su mamá, fuera de las órbitas y lo que más le impresionaba, era un hilo de sangre que se había coagulado sobre la frente. No! ese género de muerte no le agradaba.

Muchas veces habíase ensayado con la pistola descargada, pero al sentir sobre su frente el frío del cañón un estremecimiento recorría sus músculos y una fuerza desconocida le arrebatava el arma. Se arrojaría al mar y se dejaría ahogar para morir como su querida madre, y por asociación de ideas (y que digan que no sabía filosofía) en el momento supremo se acordaría de ella.

Cogió un papel y con pulso firme escribió:

«No se culpe a nadie por mi muerte; si me suicido es porque se me da la gana y porque se me importa un... de Dios, la sociedad y el mundo entero.

Luis Delfort.»

Vistiéndose febrilmente y se dirigió hacia el muelle resuelto a concluir con su vida.

Sólo un pescador de caña habíase dormido sobre una pequeña rampla que estaba debajo del muelle, esperando sin duda a que el temporal cesase. Luis sentóse en el borde con los pies colgando hacia el mar.

Las olas levantábanse con orgullo de reinas, envueltas en sus mantos verdosos, queriendo depositar su afiligranada corona de azulado ópalo a los pies de Luis, pero no lo lograban.

Empapado, con la americana adherida al cuerpo y el cuello de ella levantado, el sombrero achatado y los botines sin cordones, meditaba sobre el paso que iba a dar. ¡Era su existencia la que se jugaba!

Hizo caer al agua sus zapatos; arrojó el sombrero; irguióse, y con los ojos repletos de lágrimas y la voz temblorosa, dijo:

«¡Padre mío. te perdono el mal que me haces. Madre querida, voy. a reunirme contigo!» Y se deslizó en las saladas ondas. Al poco rato apareció en la superficie; sus manos crispadas pedían un auxilio supremo; sus ojos apenas alcanzaban a divisar el muelle, el aire faltaba a sus pulmones, y un deseo, unas ansias de vivir invadían su alma.

Carlos Montes, que era el pescador, en pocas brazadas estuvo al lado de Luis, y cogiéndolo por un brazo lo atrajo hacia sí.

A su corazón magnánimo acudió el perdón a una ofensa lejana, y el cariño que profesaba su antiguo compañero de la infancia hizo brotar de sus ojos dulces lágrimas que se mezclaron con las saladas aguas del mar; pero el recuerdo de aquel juramento infuso que pedía el inmediato cumplimiento, le torturaba el alma.

Comprendía la desgracia de su amigo y nunca se figuró que Luis tomaría una determinación tan violenta. Luis, que se había prendido con fuerza a su salvador, al reconocerle le dijo:

—Suéltame. Mi padre ladrón... tu promesa... quiero morir. luego... la miseria. no!

Y aquel moribundo le reclamaba el fiel cumplimiento de su cruel promesa, de aquel final de carta que sólo en un mal momento pudo escribir, de aquella mancha que no podría borrar con un acto heroico sin ser perjuro. Pero él sería fiel a su palabra y la cumpliría al pie de la letra.

«¡Juré que en cualquier momento de tu misera existencia impediría que a tus labios llegara una sola gota de agua, y ahora cumplo el juramento. Y ante aquel sofisma no me cumplir su palabra, encontré, no el infame goce de la venganza satisfecha, sino la dicha de salvar a un enemigo desgraciado.

OTTO MIGUEL CIONE.

POESÍAS

MI SOMBRA

Llevando el corazón entre las manos
Quise el mundo correr.
En vano preguntaba en todas partes:
¿Quién me quiere querer?

Y fui cruzando valles y ciudades
Y montañas también,
Sin que hallara jamás un alma amiga
Que me quisiera bien.

Y viendo que en la tierra ya no había
Ni dicha ni afección,
Me paré al borde de un inmenso abismo
Y arrojé el corazón.

Mas del hastío el pálido fantasma,
De la sima surgió,
Estrechóme en sus brazos y muy quedo:
«¡Aquí estoy!»—murmuró.

MI CORAZÓN

Me hablaba ayer mi madre cariñosa
No recuerdo de qué;
Ella quedó un momento silenciosa,
Y yo también callé.

Mas levantó los ojos al instante,
Me miró con pasión,
Y de pronto pintarse en su semblante
Vi extraña repulsión.

Abandonó su asiento apresurada,
ligerá a mí llegó,
Señalóme en el pecho y asustada:
—¡Un gusano!, gritó.

Sonriendo con cruel melancolía
Miré mi corazón:
—¡Cómo no haber gusanos, madre mía,
Cuando aquí hay un panteón!

ENRIQUE RIVERA.

EL RAMO DE ROSAS BLANCAS

Una buena amiga dióme
un ramo de rosas blancas:
blancas como la inocencia
y los sueños de la infancia.

Juntó después á las rosas
un jazmín y algunas ramas
de trébol, flor exquisita
y de aroma delicada.

Quedó así el ramillete
digno de que lo llevara
sobre su cándido seno
una virgen desposada.

Yo lo conservé en mis manos
como la ofrenda más grata
que pudiera un alma tierna
presentar á otra tierna alma.

Mi adoración silenciosa
lo colmó de esas palabras
que no pueden traducirse
porque no son estudiadas.

Habría querido entonces
tener una dulce amada
para ofrecerle el ramito
con el cariño de mi alma.

Pero como yo no tengo
una amada, y ni á mi hermana
encontré, ofrecí á mi madre
el ramo de rosas blancas.

CONSTANTINO BECHI.

Montevideo, 1.º de Enero de 1883.

Un punto de Derecho Civil

EL RECONOCIMIENTO Y LEGITIMACIÓN DE UN HIJO NATURAL LLEVADOS Á CABO DESPUÉS DE EFECTUADO EL MATRIMONIO DE SUS PADRES, ¿DEBE HACERSE POR ESCRITURA PÚBLICA?
¿EXISTE CONTRADICCIÓN ENTRE EL ART.º 205 DEL CÓDIGO CIVIL Y LA RESOLUCIÓN GUBERNATIVA DE 9 DE NOVIEMBRE DE 1885?

El art.º 205 del Código Civil dice textualmente: «Con la constancia de haberse celebrado el matrimonio legalmente, y la declaración del padre y la madre, se inscribirán como legítimos los hijos de éstos, nacidos antes de su celebración, especificándose su nombre, edad, sexo y lugar de su nacimiento. Esta disposición es aplicable á los casos acaecidos antes de la promulgación de la Ley de Estado Civil, salvo que exista sentencia ejecutoriada que disponga lo contrario».

El reconocimiento de hijos naturales con anterioridad al matrimonio debe efectuarse por escritura pública de conformidad al art.º 209 del Código Civil, y los hijos así reconocidos son legitimados de pleno derecho por el matrimonio subsiguiente de sus padres, sin necesidad de declaración alguna.

La declaración del padre y la madre, de que existen hijos naturales, que expresa el artículo que hemos transcrito se refiere á la que éstos puedan prestar en cualquier tiempo, ó únicamente á la que efectúen los cónyuges en el acta matrimonial?

En nuestro concepto la declaración á que alude la ley no es otra que la prestada al contraer el matrimonio, dado, como lo vamos á demostrar, que no puede referirse á la declaración posterior, en la que la voluntad de los presuntos padres no es factible que tenga la virtud de dar la calidad de legítimo á quien no tiene aún la de hijo natural.

La ley habla de inscripción subsiguiente á la declaración, independiente del acta matrimonial, pero inscripción cuya base es dicha acta, sin la cual no puede llevarse á efecto la legitimación por la sola declaración posterior, siendo necesaria la constancia del reconocimiento tanto más cuanto que la legitimación es materia de una anotación por separado, como así lo requiere la subdivisión de los Registros y los requi-

sitos que la ley exige para constatar la calidad de hijos naturales al tiempo de la concepción.

El art.º 205 del Código Civil, al derogar el 204 (antiguo), nada dijo sobre si podrían legitimarse hijos, con posterioridad al matrimonio de sus padres, permitiéndolo por consecuencia su silencio, en todo tiempo, desde el momento que tampoco designaba plazo para efectuarla, como lo hacia el anterior;—disposición tanto más desventajosa, cuanto que por ella es más posible la *legitimación por mutuo consentimiento*, al decir del primer cónsul, de hijos que fueran extraños á ambos cónyuges, ó á lo menos á uno de ellos; peligro este que tuvo en cuenta el Código Civil francés al exigir para la legitimación que el hijo natural fuera reconocido antes del matrimonio ó en el acto de su celebración, temiendo que el reconocimiento efectuado después no fuera la expresión de la verdad. «No debe depender, dice Laurent, del concierto fraudulento de los esposos la creación de los lazos de filiación, que sólo la naturaleza puede establecer». (1)

Si bien, pues, el artículo 205 derogó al 204 antiguo por disposición expresa del decreto-ley de 11 de febrero de 1879, lo cierto es que nada dispuso sobre la legitimación con posterioridad al matrimonio, ni fijó plazo para efectuarla; de donde se deduce que para resolver la cuestión con que hemos encabezado estas líneas, tendremos que atenernos á las disposiciones generales de la ley.

El reconocimiento es siempre previo á la legitimación (art.º 203 y 204 del Código Civil) salvo el caso expreso del art.º 205, en el que puede llevarse á efecto por la sola declaración de los padres en el acto de matrimonio.

Ahora bien, el reconocimiento á que se refieren los art.ºs 203 y 204 citados, ¿en qué forma debe efectuarse? Su texto se encarga de contestarlo, con arreglo á lo dispuesto en la sección siguiente; y el art.º 209 de la sección siguiente dice: «El reconocimiento de un hijo natural debe hacerse por escritura pública entre vivos ó por testamento, sin perjuicio de la inscripción» (inscripción que, como lo hemos indicado comentando el art. 205, es independiente del reconocimiento). «Cualquier otra forma de reconocimiento no hará prueba alguna».

Si la ley exceptúa de la escritura pública únicamente el caso del art.º 205, ¿se deduce de aquí que esa regla es aplicable al reconocimiento efectuado después del matrimonio?

¿Acaso no es más peligroso este último, en el que el móvil inmediato de la unión conyugal no ha sido el reconocimiento de los hijos, que ya no podría ruborizar á los padres con el recuerdo de la falta cometida, desde que existía el acuerdo para una reparación honrosa?

El peligro existe en el reconocimiento posterior, en el que los padres estériles ó agobiados por pérdidas irreparables, quisieran hacerse fácilmente de hijos postizos, de que no se harían mediante la escritura pública

(1) Laurent, tomo IV, N.º 170. *Droit civil français*.

en la que con mayores formalidades y por legítimas tendrían que reconocerse autores de deslices que no han cometido.

¿Es que la ley ha querido en todos casos dar más facilidades para la legitimación que para el reconocimiento, siendo el primero un acto de mayor trascendencia, desde que tiene atinencia más directa con la organización legal de la más?

En nuestro concepto, la disposición terminante del art.º 209 resuelve claramente la cuestión. Si para legitimar a un hijo hay que reconocerlo como natural y para reconocerlo como tal es necesario escritura pública, es una consecuencia lógica que la legitimación efectuada con posterioridad al matrimonio debe efectuarse por escritura pública.

El art.º 69 del decreto-ley expresado así lo da a entender al hablar de *reconocimiento y legitimación por escritura pública*, disposición que no es posible pretender esté en contradicción con el art.º 44 (205 del Código Civil) del mismo cuerpo de ley.

Hay más: la disposición gubernativa de 8 de noviembre de 1885, que alguien ha querido poner en contradicción con el art.º 205 del Código Civil, fué dictado de acuerdo con la superintendencia que el P. E. ejerce sobre los Oficiales de Estado Civil de la República, y sólo trata de hacer más comprensible, poniendo al alcance de los mencionados funcionarios disposiciones de la ley de continua aplicación.

Esa resolución no está ni puede estar en contradicción con el art.º 205 del Código Civil, desde el momento que este artículo no es otro que el 44 de la Ley de Registro Civil (Anexo de la Comisión de Revisación y Complementación del Código Civil) vigente desde el 1.º de julio de 1879 é incorporado recientemente a la nueva edición oficial del código; ley que no ha podido ser derogado por una resolución administrativa, dictada de acuerdo con su texto, según se desprende de la vista fiscal que sirvió de base a la referida resolución (Goyena, pág. 1092), y en la que se establece que, no obstante la derogación del art.º 204 antiguo, Código civil, por el 44 de la ley de Registro Civil (art.º 79 de la misma), y de acuerdo con la intención del 69, «el reconocimiento y legitimación de hijos naturales de ambos cónyuges sólo puede hacerse por escritura pública después de celebrado el matrimonio.»

Por otra parte, como muy bien lo dice el Dr. Guillot en sus comentarios al art.º 205 del Código Civil (*Anales de la Universidad*, tomo VII, entrega IV, pág. 768), después de ejecutado el matrimonio no sería posible establecer la filiación por investigación, porque la investigación de la maternidad no es permitido contra una mujer casada (art.º 219 del Código Civil), no teniendo cabida por consiguiente, la legitimación por vía judicial.

Si no hay, pues, otro reconocimiento posterior al matrimonio que el voluntario, creemos haber demostrado que éste debe efectuarse en el caso ocurren por escritura pública.

JAVIER MENDÍVIL

SUETOS

Nuestro apreciable colega *Montevideo Musical* ha dedicado a esta REVISTA, en su número del día 5 del corriente, un artículo lleno de benevolencia que significa para nosotros un verdadero estímulo y obliga nuestra gratitud.

También varios periódicos departamentales han recibido con elocuentes manifestaciones de aplauso los últimos números de la REVISTA NACIONAL, siéndonos grato mencionar entre ellos a *La Propaganda* de Dolores y *El Comercio* de Independencia.

Nuestra mesa de redacción ha recibido la visita de interesantes publicaciones de diversos pueblos de América.

Además de la *Revista Literaria* de Buenos Aires, digna por todos conceptos de los mayores elogios, la *Revista de Córdoba* y el *Boletín Bibliográfico Argentino*, publicado por la casa de Péuser, que nos favorecen asiduamente con su canje, nos han llegado varios números de *La Gaceta* de San José de Costa Rica; *Letras y Ciencias*, revista que ve la luz en la capital de la República de Santo Domingo; *Roma*, semanario italiano que se edita en la ciudad de Córdoba, y *Corrientes*, diario político de la ciudad de su nombre.

Con *La Gaceta* costarricense hemos recibido un voluminoso tomo que contiene la colección de tratados internacionales celebrados por aquella República.

Bajo la dirección de nuestro estimable colaborador D. Orosman Moratorio ha salido a luz un nuevo periódico de índole criolla que lleva el título de *El Ombú*.

Retribuimos por nuestra parte el atento saludo que dirige a la prensa y le deseamos todo el éxito de que es merecedor, así por su material ameno y abundante como por las selectas condiciones materiales en que se nos presenta.

Carlos Roxlo prepara una colección de sus mejores versos que saldrá a luz dentro de poco, editada por la casa de Barreiro.

—Nuestro co-redactor Víctor Pérez Petit reeditará próximamente en forma de libro la novela que con el título de *Gil* publicó hace algún tiempo como folletín de uno de los diarios de esta capital.

—Adela Castell ha terminado una breve novela en forma epistolar, que aún no se ha decidido a dar a la publicidad.

—Con el título de *Perfiles literarios* aparecerá en breve una colección de semblanzas de algunos de los escritores sobresalientes

de la nueva generación, debidas a la pluma de nuestro inteligente colaborador el joven Juan Francisco Piquet.

De la casa editorial de Antonio Barreiro y Ramos hemos recibido el prospecto del periódico que con título de *El Ajedrez* aparecerá próximamente.

De la índole de esa nueva publicación da idea el siguiente párrafo que tomamos del prospecto:

«Convencidos, por propia experiencia, de que es indispensable tener conocimientos teóricos para darse cuenta con exactitud y rapidez de las muchas dificultades y preciosidades que encierra el noble juego de ajedrez en sus innumerables combinaciones, hemos creído prestar un buen servicio a los verdaderos aficionados, emprendiendo la publicación de un periódico, por ser la forma más adecuada para poder todos adquirir conocimientos generales del juego, y al mismo tiempo la más amena y menos fatigosa, porque con su variedad recrea é instruye, excluyendo la monotonía que se produce cuando se trata de un solo tema.»

El Ajedrez aparecerá mensualmente y será impreso en los talleres de Dornaleche y Reyes.

El Sr. Carlos Sanquircio nos ha obsequiado con un ejemplar del folleto en que acaba de reimprimir el interesante estudio del eminente jurisconsulto Dr. Dn. Tristán Narvaja relativo a *La Sociedad conyugal y los dotes*. Al agradecer al editor la remisión de tan importante opúsculo, nos es satisfactorio consignar que según anuncio inserto en la cubierta del folleto, el Sr. Sanquircio ha ensanchado considerablemente su popular establecimiento de librería, asociándolo a una de las más fuertes casas editoras de Buenos Aires.

Nuestro compatriota y distinguido colaborador el poeta Víctor Arreguine, piensa imprimir próximamente en folleto el estudio sobre la personalidad del dictador Francia, que con tanta aceptación acaba de publicar en *La Prensa* de Buenos Aires.

A ese estudio seguirán en breve otros del mismo género, relativos a los tiranos de América.

Se anuncia para dentro de breves días la publicación de una segunda edición de la obra *Resumen de las leyes naturales de la enseñanza* por el Dr. D. Francisco A. Berra.

La obra será editada en Buenos Aires.